

BALMES, ¿QUE DIRIA HOY?

por

JUAN ROIG Y GIRONELLA, S. I.

*Director de "Balmesiana", Profesor de Metafísica
en las Facultades de San Francisco de Borja.*

SUMARIO

UNAS PALABRAS AL LECTOR.

- I. EN MEDIO DE LA GUERRA DEL LIBERALISMO.
- II. AUTOFORMACION DE BALMES PARA LA LUCHA POR LAS GRANDES VERDADES.
- III. SU FILOSOFIA DE LA HISTORIA: EL PROTESTANTISMO COMPARADO CON EL CATOLICISMO.
- IV. LA LIBERTAD A LA LUZ DE LA FILOSOFIA DE LA HISTORIA.
- V. LA FILOSOFIA DE BALMES: FILOSOFIA "DEL HOMBRE ENTERO".
- VI. SOCIOLOGIA Y POLITICA: EL FOLLETO "PIO IX".
- VII. EL ULTIMO MENSAJE.
- VIII. ¿QUE DIRIA HOY?

En este número, VERBO comienza la publicación, que D. m. terminará en el próximo, del estudio del P. Juan Roig y Gironella, «BALMES, ¿QUE DIRIA HOY?», honor que el autor ha tenido a bien confiarnos. Una vez aparecido totalmente en esta revista, la recogeremos en edición separada.

El P. Roig y Gironella no es nuevo en estas páginas. Es querido amigo y maestro. Participó activamente, como ponente, en nuestra V Reunión, celebrada en el Monasterio de Santa María de El Paular los días 29, 30 y 31 de octubre de 1966, y nos brindó la magnífica hospitalidad de «Balmesiana» para la VII Reunión que tuvo lugar en Barcelona en dicho Instituto Filosófico, los días 1, 2 y 3 de noviembre de 1968, y en la cual nos orientó y alentó en su homilía final (recogida en VERBO, núm. 70).

De él hemos publicado, hasta ahora:

— En el número 30, «SENTIDO Y ALCANCE DE LA OBRA DE TEILHARD DE CHARDIN SEGÚN SUS CRÍTICOS».

— En el número 36, «LA INSEGURIDAD DEL HOMBRE MODERNO EN LA PROBLEMÁTICA DEL PENSAMIENTO».

— En el número 39, «CONSIGNAS DE NUESTROS DÍAS».

— En el número 53-54, «ORTODOXIA DE LA FE: "CREO EN DIOS PADRE TODOPODEROSO"».

— En el número 65-66, «INFLUJO DE LA FILOSOFÍA DE NUESTRO SIGLO SOBRE LA TEOLOGÍA, ANTE EL AÑO DE LA FE».

BALMES ¿QUE DIRIA HOY?

POR

JUAN ROIG Y GIRONELLA, S. J.

*Director de "Balmesiana", Profesor de Metafísica en las Facultades de
San Francisco de Borja.*

UNAS PALABRAS AL LECTOR

Estas páginas, querido lector, no se han escrito con la intención de realizar una investigación histórica ni filosófica, sino con la de encontrar en hechos y palabras de un siglo atrás el interés de los hechos y preguntas que se presentan hoy.

Tampoco pretende ser una biografía de Balmes, pues ya poseemos la que le dedicó el insigne P. Ignacio Casanovas, S. I., cuando consagró para ello los mejores años y trabajos de su vida.

Ni siquiera presenta este libro a Balmes desde todos los aspectos, sino que lo enfoca desde un punto de vista: Balmes colocado en un período decisivo de la historia, cuando hacía explosión la violencia del liberalismo, que en vez de perfeccionar moldes antiguos por una sabia y pacífica evolución, rompía con todo violentamente, mezclando lo que era perenne con lo caduco, lo bueno con lo malo. En este ambiente, Balmes fue un genio que supo *ver claro*; y en este sentido, también hoy, cuando hace explosión otro volcán, muy semejante al de los tiempos de Balmes, puede seguir siéndonos un faro luminoso si queremos pensar y reflexionar.

Ya sé que me dirán algunos críticos: "esta obra sólo mira a Balmes desde un aspecto". Ya lo he dicho: pretendo mirarlo sólo desde este aspecto. No niego los otros; prescindo de ellos. En

cada obra se pretende algo: no puede pedirse al autor que dé más allá de lo que ha pretendido, ni que lo pretenda todo.

Cuando el fotógrafo quiere obtener una buena fotografía, escoge un punto de vista. ¿Que con él no lo abarcará todo?, ¿que será incompleto? Ya lo sabía al ir a fotografiar. Pero, precisamente gracias a la elección de este punto de vista, logrará la ventaja de una caracterización que dará el valor a su obra fotográfica.

¿Y qué interés tendrán unas páginas escritas con este intento?

Pues conocer la respuesta a la interrogación que plantea el título: Balmes, ¿qué diría hoy?

O si se prefiere, ¿qué nos diría hoy? Pues su respuesta toca directamente a los hombres de hoy.

Balmes vio claro, porque los hechos le han dado la razón. Y a la luz de estos hechos y de estos principios podemos enjuiciar el futuro pensando en lo que hoy nos diría.

El autor.

San Cugat del Vallés (Barcelona), 16 de febrero de 1969.

EN MEDIO DE LA GUERRA DEL LIBERALISMO

1. Ni negro, ni blanco.

Este fue el momento en que nació Jaime Balmes: dos años antes de que la promulgación de la Constitución liberal en las Cortes de Cádiz, el 19 de marzo de 1812, iniciara en España una revolución en las ideas, que costó torrente de sangre y la pérdida de grandes valores, junto a ciertas ventajas y bienes que pacíficamente se habrían podido traer.

Napoleón era hijo de la Revolución francesa. No engañó a nadie el hecho de que se hiciese proclamar Emperador y que su gobierno fuese absoluto: es un hecho que con frecuencia se pasa desde la anarquía de la Convención a la reacción del absolutismo. Si Luis XIV no hubiese dicho "El Estado soy yo", la Revolución francesa no habría contestado al rey: "Tú no eres nada, yo lo soy todo." Pero si la Convención francesa no hubiese dicho: "No hay más Dios que yo", ahogando en sangre a realistas y a republicanos como Robespierre, tampoco habría dicho Napoleón: "El único Emperador soy yo."

Es obvio que suceda así: si el péndulo está en medio, en posición de equilibrio, no oscila, está quieto. Pero si se lo sube a un lado, cuando baje no quedará en medio: saltará al extremo opuesto. El siglo XVIII, consecuencia de la gran apostasia del XVI, rompió el equilibrio. Desde entonces va el mundo oscilando de un extremo a otro, sin encontrar todavía el equilibrio cristiano.

Napoleón fue vencido: pero fueron sus armas las que, vencidas y arrolladas, extendieron por Europa el germen de las ideas de la revolución que les había dado origen.

El 11 de diciembre de 1813, con el tratado de Valency, terminaba la guerra de Napoleón contra España; ya en 1812 la invasión quedaba dominada. Sus armas habían sido vencidas; pero quedaban las ideas; y las ideas vencieron a los vencedores.

En este ambiente de lucha nació Jaime Balmes, el 28 de agosto de 1810 en Vich (Barcelona), de una familia que tenía todas las características de los menestrales y payeses de Cataluña, gente dotada de tan alto sentido de objetividad, que con frecuencia se muestran desconfiados; con tan hondo sentido del valor del trabajo propio, que para ellos el hombre ni hereda su grandeza, ni le viene por azar, sino que se la conquista; con tanta intuición psicológica, que trasciende hasta la filosofía del pueblo catalán: Lull, Vives, Balmes, Eyxalá...

Gente sencilla y trabajadora, lo cual no excluye que a veces estén dotados de grandes prendas intelectuales, aunque no pocas veces también suceda que queden sin desarrollar y por tanto ocultas. Es el mismo Balmes quien dijo: "yo tengo mucha memoria, pero mi padre tenía mucho más. Si él y mi abuelo hubiesen estudiado, se habrían hecho más célebres que yo" (1). De su abuelo paterno se cuenta que sin ser más que arriero, se le veía asistir a toda clase de certámenes literarios, tanto si eran veladas, como oposiciones a canongía. El padre de Jaime, en su comercio de pieles y puntillas (que lo llevaba a hacer frecuentes viajes a Castilla), nunca consignaba por escrito los datos de su contabilidad, que llevaba perfectamente de memoria.

Pero la memoria de Jaime Balmes era prodigiosa. Un amigo suyo, para poner a prueba si era verdad o no lo que se decía, tomó al azar tres libros: un volumen de la *Suma Teológica*, el segundo volumen del *Quijote* y un tomo de la *Filosofía de la Elocuencia*. Balmes le repitió de memoria perfectamente todos los índices sin el menor titubeo.

(1) CASANOVAS, Ignasi, S. I.: *Balmes, la seva vida, el seu temps, les seves obres*. Vol. I. "Biblioteca Balmes", Barcelona 1932; cap. I, art. 1, pág. 8. Casi todos los datos biográficos que aduciré de Balmes están sacados de esta obra, sin que en adelante lo advierta expresamente.

Dice Córdoba que a los veintidos años sabía de memoria los índices de 10.000 libros. Espantado su amigo Codony ante una memoria tan prodigiosa, dejó los libros con que la había comprobado y le dijo: "Jaime, o eres un brujo, o Dios quiere presentarte como un prodigio de memoria" (2). Otro amigo suyo, Ristol, cuenta que Balmes recordaba todo lo que había leído, como se vio cuando habiendo citado un escrito del general Espartero, varios años después recordó perfectamente el número de la publicación en que había salido y repitió de memoria aquella nota al pie de la letra.

En el ambiente sencillo, llano y sano del llano de Vich, nació Jaime Balmes de Jaime Balmes y Teresa Urpiá, el cuarto entre once hijos que tuvo el matrimonio. Era una familia trabajadora y pobre. Es conmovedor leer ahora los documentos en que consta cómo iba pagando los préstamos de dinero que años después su madre había de solicitar para sufragar algunos de los gastos cuando su hijo, Jaime, cursaba los estudios en la Universidad de Cervera.

Fue su madre quien pronto intuyó el genio de aquel hijo de rostro blanco y flacucho, con unos ojazos negros y expresivos como nos los pinta el cuadro de Madrazo. Cuando el joven Balmes todavía era un desconocido para el mundo, antes de empezar su fulgurante carrera de escritor, ya aquella madre había formado juicio cabal de lo que valía y sería aquel hijo suyo. El mismo día en que ella murió, el 26 de mayo de 1839, poco antes de morir, tomó por la mano a Jaime y mirándolo fijamente le dijo: "Hijo mío, el mundo hablará mucho de ti." Dichas estas palabras, como quien ya ha cumplido su último quehacer en este mundo, murió santamente.

Pero hasta que llegara el momento en que el mundo había de "hablar mucho de él", todavía faltaban los años de una larga preparación. Esta larga preparación, que fue en gran parte una autoformación silenciosa, junto con el ambiente político y social del

(2) O. C., cap. V, art. 3, pág. 278.

tiempo en que nació, fueron dos de los grandes factores que contribuyeron a determinar lo que sería después Jaime Balmes.

Pues fue un rasgo típico en la formación de Balmes, que en vez de dejarse arrastrar por el ambiente revolucionario y de guerra que bullía a su alrededor, él se encerraba en la Biblioteca de Vich todo el día (así literalmente: todo el día, mientras estaba abierta la Biblioteca episcopal) para estudiar y sobre todo para reflexionar, investigar, meditar.

Al principio del siglo XIX el Seminario de Vich no era lo que hoy día entendemos cuando hablamos de un Seminario. Entonces todos los niños que no eran destinados inmediatamente a aprender un oficio manual, eran enviados al Seminario para estudiar. Poco a poco iban dejando los estudios cuando ya les bastaba lo aprendido para la formación sumaria que buscaban y quedaban en el Seminario los que tenían vocación sacerdotal y proseguían los estudios ulteriores.

Así se comprende que Jaime Balmes ya a los siete años de edad, terminados los estudios elementales, entrase en el curso 1817-1818 en el Seminario de Vich para empezar los estudios de gramática latina, que duraron tres años. A la gramática latina le seguían los estudios de retórica, que cursó desde el año 1820 hasta el verano de 1823. Venían después otros tres años de filosofía: la empezó el curso 1822-1823 y la terminó el curso 1824-1825, cuando iba a cumplir quince años de edad. Después sólo un año de teología cursó en Vich, el año 1825-1826, que cierra el primer período de la formación de Balmes antes de pasar a la Universidad de Cervera.

No podemos imaginarnos fácilmente el ambiente de guerras, revoluciones y agitaciones políticas y religiosas que el niño Balmes vivió durante los primeros años de su formación.

Desde 1809 a 1812 la ciudad de Vich padeció seis veces la entrada de las tropas francesas de Napoleón. Vencido Napoleón y vuelto el rey Fernando VII a España, podía parecer que iba a renacer la calma, pero no fue así. El 4 de mayo de 1814 el rey anulaba la famosa Constitución liberal de las Cortes de Cádiz,

proclamada dos años antes. Pero de 1814 a 1820 fueron sucediéndose en España los pronunciamientos y las represalias.

Si agitado fue el trienio de sus estudios de lengua latina, más lo fue el trienio de sus estudios de retórica, pues coincidió plenamente con el famoso "trienio constitucional". El 1 de enero de 1820 se sublevó Riego para volver a instaurar la Constitución liberal de 1812. Triunfó la revolución, y el rey tuvo que jurar la Constitución el 9 de marzo.

Durante este trienio Vich fue escenario de las más atroces violencias, que culminaron con el asesinato perpetrado en "Els tres roures" de un grupo de patriotas y después con el martirio del Obispo de Vich, Strauch en Vallirana, el 16 de abril de 1823. En una plaza de Vich habían erigido un gran monumento a la Constitución, que tres años después había de ser demolido. Durante el "trienio liberal" el niño Balmes presenciaria muchos de aquellos despojos, violencias y crueldades; y el relato de otros quedaría para siempre grabado en su memoria.

Pero tampoco hubo paz cuando empezó sus estudios de filosofía, pues ya en 1822 en vez de abrirse el curso en octubre, las perturbaciones políticas no permitieron que se abriese hasta el 7 de enero de 1823.

Como era imposible que el pueblo aguantase tanta vejación como era la de aquellos que empezando por proclamar la libertad de pensamiento, encarcelaban y despojaban a los que no pensaban como ellos, vino el levantamiento, al que apoyó Luis XVIII enviando a España al ejército llamado "Los cien mil hijos de San Luis", que al mando del Duque de Angulema penetraron en España el 7 de abril de 1823. El 6 de mayo entraba el ejército encabezado por las partidas realistas y Francisco Comellas, en Vich; se encaramó éste a lo alto de la columna-monumento levantado dos años antes a la Constitución liberal de 1812 y con un martillazo decapitó la estatua de la mujer que la representaba. Empezó en sentido opuesto un período de represión, que tampoco se mantuvo dentro de los límites de una serenidad deseable.

En este ambiente transcurrieron los tres años de estudio de

la filosofía de Balmes en un Seminario, que durante años fue abriéndose y cerrándose, trasladándose de un lugar para otro, con inquietudes y esperanzas, según fuesen las agitaciones políticas. Y así llegó también el verano de 1826, en que terminaba Balmes el primer curso de teología y la primera etapa de su formación a los dieciséis años de edad.

En medio de un ambiente tan agitado y confuso de luchas entre el liberalismo que iba introduciéndose y el realismo, que no solía quedar en un justo término medio, sino cuando muchos de sus partidarios seguían inclinándose al absolutismo, es sumamente interesante comprobar cuál fue la conducta de Balmes.

Parece que habría de haberse dejado llevar, como casi todos sus compañeros, por un bando o por el otro; y que con ello sus estudios, impregnados de tal ambiente de agitación política, deberían haber quedado muy mermados en profundidad, pues el ambiente de las agitaciones políticas no es propicio para el silencio y reposo que los estudios requieren. Sin embargo no fue así, sino enteramente al revés. Nunca se dejó llevar Balmes por el contagio liberal.

Ya que todavía no tenía preparación suficiente para poder juzgar y menos intervenir en política, se abstuvo completamente de pertenecer a ninguna facción. Ya llegaría el tiempo en que podría hablar: pero entonces ¡con qué profundidad de principios lo haría!

Entretanto, la reacción del joven Balmes fue encerrarse en la Biblioteca episcopal de Vich, que había fundado el Obispo Veyan, y pasarse allí todo el día, literalmente todas las horas que le quedaban disponibles.

Es él mismo quien en un artículo autobiográfico de 1846 explica lo que fue su conducta durante estos años de su primera formación en Vich: "Nadie me vio en otro lugar que en mi casa, en la Iglesia, en el colegio, en algunas casas de regulares con quienes tenía frecuentes relaciones y en la biblioteca episcopal, donde me hallaba mientras estaba abierta" (3). Por lo demás, era

(3) *Vindicación personal* (escrito fechado por Balmes el 13 de agosto

bien conocido de los bibliotecarios de Vich que aquel joven, casi niño, se pasaba todas las horas que le quedaban libres en la biblioteca mientras ésta permanecía abierta; y esto tanto durante los meses de curso como en verano.

Llama poderosamente la atención que ya desde joven, Balmes tuviese la sabiduría de resistir al contagio del liberalismo de aquellos tiempos en que la moda del ambiente liberal lo avasallaba todo cuando sus representantes ocupaban el poder. Pero tal fue su conducta. No estaba a la altura de su genio la "pequeña política", la de luchas callejeras, la de banderías, sino la del terreno de los grandes principios filosóficos. Podía alguno por envidia llamarle "negro" (nombre dado entonces a los liberales) por el hecho de que no se manifestase en sentido opuesto, como le echó en cara un autor anónimo en 1846. El atestigua de sí mismo: "No sé si alguien diría que yo era negro o blanco o de otro color, porque hace largo tiempo que tengo por regla de conducta cumplir mis deberes y despreciar vulgaridades" (4).

2. En la Universidad de Cervera.

La universidad de Cervera había sido fundada por Felipe V cuando cerró los estudios generales de Cataluña reuniéndolos en una sola ciudad, la de Cervera, porque había estado a favor suyo

de 1846); *Obras Completas de Jaime Balmes*, BB XXXI, 285; BAC VII, 777. En adelante la sigla BB remitirá a la edición de las *Obras Completas*, publicadas en 33 volúmenes por "Biblioteca Balmes"; y la sigla BAC remitirá a la edición en ocho volúmenes publicada por la "Biblioteca de Autores Cristianos" (Madrid 1948; algunos volúmenes han sido reeditados posteriormente). La edición BAC es más manejable y reproduce exactamente la de BB, citando sus tomos y páginas, además con sus introducciones, añadiendo algunas cartas al epistolario y con la biografía de Balmes traducida al castellano, algo resumida. En adelante la primera cifra romana remitirá al volumen; la segunda cifra en números arábigos remite a la página.

(4) *Vindicación personal*; BB XXXI, 287; BAC VII, 778.

durante los años de la guerra de sucesión. Cervera, por su situación geográfica, no era precisamente el sitio más indicado para colocar la única Universidad de Cataluña allí. A pesar de ello, la reunión de todas las fuerzas en un solo centro dio a Cervera días de grande gloria y esplendor.

Pero en tiempos de Balmes había decaído muchísimo. Fue un golpe durísimo para ella la expulsión de los jesuitas en 1767, que la privó de tantos y tales maestros. Otro factor decisivo fueron las estrecheces económicas de los profesores, que estaban mal retribuidos, lo cual hacía que los mejores talentos se alejasen de la Universidad. Pero, sobre todo, fueron las convulsiones políticas del liberalismo las que la hundieron durante el trienio liberal 1820-1823, porque la Universidad tenía fama de regalista.

Parece que quienes tomaban la bandera de "la libertad" habrían de haber empezado dando libertad a los que no eran de su bando libertario; tolerantes con los "intolerantes". Nada de esto. Se repitió lo de siempre. ¿Defendía la Constitución liberal al hombre para que no le diesen muerte?, ¡pues muerte, muerte al que no defendiese la Constitución!

Constitución o muerte
será nuestra divisa:
Si algún servil la pisa,
la muerte sufrirá.

Este era el estribillo que los constitucionales iban cantando por todas partes atronando el aire.

Como la Universidad tenía, según hemos dicho, fuerte tradición regalista, se cebó en ella la furia del liberalismo. En junio de 1822 el ejército que ocupaba la ciudad hizo la parodia de que concediesen el grado de doctor en derecho canónico al coronel de las tropas constitucionales, D. Francisco Bonet. Fue una vergüenza para la Universidad. Un año después las mismas manos prendieron fuego al edificio universitario. "Dos veces —nos refiere el P. Casanovas—, los días 20 de abril y 15 de mayo de 1823, le prendieron fuego y hasta intentaron volarla con explosivos; en

una de estas ocasiones el fuego duró cinco días. Buena parte del edificio quedó con las paredes desnudas. También atacaron los colegios. El de la Asunción quedó convertido en cenizas; el de los Pobres, desmantelado, como el hospital de estudiantes, que tenía contiguo; los de la Concepción y San Carlos fueron saqueados. Acompañó a estos hechos vandálicos una escena macabra: D. Pablo Miralles, cabecilla de los realistas, cayó en manos de Porta, jefe liberal de Sanahuja, el cual de un sablazo le cortó en redondo la cabeza. Pasearon por Cervera aquella pobre cabeza y la llevaron a Lérida, donde la colgaron de una escarpia, hasta que unos piadosos amigos se la llevaron a Cervera para enterrarla con el tronco" (5).

Ya se ve cuál sería el nivel intelectual y de estudios en este ambiente. La reacción realista de 1824 evitó la supresión de la Universidad, pero su eximio Canciller, D. Raimundo de Lázaro y de Dou, da la impresión de alguien que iba taponando grietas y sosteniendo heroicamente un prestigio que estaba herido de muerte. En 1826, cuando Balmes llegó a Cervera, los alumnos en vez de presentarse a clase el 18 de octubre, tardaron hasta el 20 de noviembre en gran parte; por Navidad ya habían vuelto a sus casas; y sólo pensaban en acortar el curso lo más que pudiesen, apenas despuntaba la primavera:

Ara en ve lo mes de maig,
regalada primavera,
los estudiants se'n van
de la ciutat de Cervera;
les noies enyoraran
lo platillo i l'escudella.

Estas últimas frases aludían a aquella pobre población cer-verina que se beneficiaba del dinerillo y comida de los estudiantes, por pobres que éstos fuesen.

En este ambiente se encontró el joven Balmes cuando lleno

(5) CASANOVAS, o. c., cap. III, a. 1, p. 109.

de ilusiones e ideales para satisfacer su hambre de ciencia llegó a Cervera para empezar el curso en 1826. Fue allí por la intuición de un gran hombre, a la vez su mecenas y protector, el nuevo Obispo Corcuera, que había tomado posesión de la diócesis de Vich el 22 de mayo de 1825. La madre de Balmes y el Obispo Corcuera fueron los dos que intuyeron el genio que encarnaba aquel jovencito y pusieron a su disposición todos los medios de que disponían para que llegara a ser lo que con el tiempo fue Jaime Balmes.

Para ello el Obispo Corcuera concedió a Jaime una beca en el Real Colegio de San Carlos, de la Universidad, a fin de que empezase allí sus estudios de teología. "Empezase", pues no le reconocieron la validez del año de teología que había cursado ya en el seminario de Vich; y sólo "empezó", pues las convulsiones de la guerra civil y otras algaradas políticas hicieron que Balmes tuviese que ir alternando los estudios entre Cervera y Vich, según se abriese o cerrase la Universidad: de 1826 a 1830 en Cervera; de 1830 a 1832 en Vich; de 1832 a 1833 de nuevo en Cervera; otra vez en Vich de 1833 a 1834; finalmente otro año, el último, en Cervera de 1834 a 1835.

De 1826 a 1827 hubo la guerra llamada "de los agraviados" (o ultrarrealistas) en la que se cometieron no pocos excesos en una reacción antiliberal. El 13 de octubre de 1827 el ejército entró en Vich, y su general despreció públicamente al santo Obispo Corcuera, que, como Balmes, planeaba en una zona superior de grandes principios, ajena a las banderías de la política menuda. Quiso el general que el Obispo redactase una pastoral gozándose del triunfo de los ultrarrealistas; pero el digno Obispo Corcuera se negó a ello. El 14 de abril de 1827 el Rey Fernando VII, de paso hacia Madrid para terminar con la guerra "de los agraviados", pasó por Cervera, donde entonces Balmes estaba terminando el primer año de sus estudios teológicos universitarios. No aparece el nombre de Balmes en nada.

Algo más de paz gozó durante el segundo, tercero y cuarto año de teología, en que recibió el grado de bachiller en teología.

Pero ya el quinto año no lo pudo continuar en Cervera. Después de estallar en París, el 27 de julio de 1830, la revolución que destronó a Carlos X, en España el ministro Calomarde dio un decreto cerrando las Universidades, y sólo el 23 de enero de 1831 permitió que se siguiesen los estudios de forma privada, que luego serían reconocidos oficialmente: así cursó Balmes en Vich de 1830 a 1832 el quinto y sexto año de sus estudios teológicos.

Cuando el 7 de octubre de 1832 se dio la orden de que se abriesen de nuevo las Universidades, Balmes volvió a Cervera y obtuvo la licenciatura en teología. Otra vez tuvo que volver a Vich para proseguir sus estudios, cursando el octavo año de teología de 1833 a 1834. Este año culminó con las sagradas órdenes que recibió en Vich: el subdiaconado (21 de diciembre de 1833), el diaconado (24 de mayo) y el presbiterado (18 de julio de 1834).

Fue éste uno de los momentos culminantes de la vida de Balmes. Ya era sacerdote y licenciado en teología. ¿Qué camino iba entonces a emprender? Toda aquella agitación política nacida del liberalismo le repugnaba, como en el extremo opuesto también le repugnaban los absolutistas, que en vez de oponer ideas verdaderas a ideas falsas, grandes principios a pequeños principillos, grandes verdades contra las falsedades que mezclaba la revolución, muchas veces (cierto, no siempre, por fortuna, pero sí muchas veces) se contentaban con algaradas, alzamientos y violencias, que no eran menos duras que las de los anteriores. Balmes quería retirarse, alejarse. Ya era sacerdote, ya tenía la licenciatura en teología, podía orientar su vida por cauces más pacíficos.

El Obispo Corcuera no fue de esta opinión. El Obispo Corcuera, su protector y mecenas, aquel gran hombre que supo intuir el genio de aquel joven, fue la persona a quien debemos, junto a la madre de Balmes, lo que éste había de ser pocos años después. El Obispo le preguntó un día, después de la ordenación sacerdotal de Balmes: "¿Qué quieres Balmes?" Su respuesta fue la de quien deseaba alejarse de aquel mundillo agitado y pestilente: "Señor, un curato." Pero el Obispo no opinó así: "No: ve a la Universidad y estudia." Lo envió de nuevo a la Universidad de Cervera

para que completase su formación y estudiase la carrera de derecho canónico.

Efectivamente, Balmes pasó en Cervera el curso 1834-1835 estudiando derecho, y al terminarlo obtuvo el grado de bachiller en derecho (5 de junio) y poco antes el grado llamado doctorado "de pompa" en teología (7 de febrero de 1835). En conjunto había estudiado Balmes nueve años de teología y uno de derecho.

Ya no pudo proseguir. El Obispo Corcuera murió. Había empezado la guerra llamada carlista con el alzamiento de Manuel González en Talavera el 3 de octubre de 1833 y tomaba proporciones cada vez mayores. Los llamados liberales arreciaron en su persecución antirreligiosa. El 11 de octubre de 1835 suprimieron todas las casas religiosas, expulsando a los religiosos de ellas. El 19 de febrero del año siguiente decretaron la venta de los conventos extinguidos. El 5 de marzo de 1836 dieron la prohibición de conferir las sagradas órdenes, las órdenes mayores. El 13 de agosto de 1836 la Regente promulgó de nuevo aquella odiosa Constitución liberal de las Cortes de Cádiz de 1812. Imponer así por la fuerza el liberalismo amorfo a todo un pueblo, era algo parecido a lo que sucedería a una entidad bancaria en la que de repente se reuniesen todos los empleados, desde el presidente del Consejo de Administración hasta los últimos ujieres, las mujeres de la limpieza y los empaquetadores, para que cada cuatro años determinasen por mayoría de votos cómo querían que se hiciesen las inversiones del capital del Banco. ¿Habría en aquel Banco garantías de acierto?, ¿habría estabilidad?

Cuando años después Balmes ya se lanzó como gran escritor al terreno de la política, no para la política menuda de banderías y de luchas, sino para llevar la cuestión a la zona de los grandes principios, observó inmediatamente el enorme dislate que el liberalismo cometió en España; y escribió el 29 de noviembre de 1846: "Sucede a la raza española en el continente lo mismo que le sucede en América: los nuevos sistemas se hallan escritos en el papel; sin que los pueblos hayan disfrutado de sus beneficios; antes sí, experimentado todos sus inconvenientes. El resultado ha sido:

anarquía gubernativa permanente; anarquía popular intermitente; gobierno de pandillas: esfuerzos periódicos para destruirlas; un desgobierno continuo, una revolución todos los años" (6).

Era la consecuencia fatal de los "condenados a la libertad": una masa embriagada por cuatro cabecillas agitadores que la embriagaban con el pensamiento de que tenía libertad, cuando en realidad nunca fue menos consultados cuando su dignidad de hombres verdaderamente pedía que fuesen consultados; *una democracia sin pueblo*, dice el P. Casanovas: "Está fuera de duda para todo hombre imparcial y entendido que nunca fue menos consultada la voluntad del pueblo español y nunca fue menor su influencia en los negocios públicos que en las breves épocas en que ha estado en vigor aquel código. Que si alguno quisiese contradecirme en este punto le diré que dé una ojeada a las sesiones de Cortes, colecciones de decretos, en una palabra, a casi todos los documentos de la época, y que reflexione un momento si hay allí algo que se parezca a las ideas y costumbres del pueblo español, tal como se hallaba entonces" (7).

Por esto la guerra carlista no podía terminar, porque las causas profundas del malestar no se remediaban con pactos superficiales. Después de una guerra larga y sangrienta, se tuvo aquel acto famoso del "abrazo de Vergara": el 31 de agosto de 1839. Ante fuerzas de los ejércitos de ambos bandos, los dos generales enemigos, Espartero, que luchaba por los liberales de D.^a Cristina, y Maroto, por los de D. Carlos. Oficialmente la guerra estaba terminada; en realidad fue prolongándose años y años, a veces parcial y ocultamente, a veces declaradamente, como desde 1846 con la guerra llamada "montemolinista", que renovaba los ideales del carlismo. Aquella famosa parodia que a veces oímos de las operaciones quirúrgicas: "la operación, éxito total; el enfermo ha

(6) *Reflexiones sueltas*. Artículo publicado por Balmes en *El Pensamiento de la Nación*, núm. 146, vol. III, pág. 729 ss.; BB XXXII, 48; BAC VII, 844.

(7) *Consideraciones políticas sobre la situación de España*, cap. III; BB XXIII, 43; BAC VI, 28.

fallecido”, es exactamente la que entonces podía haberse pronunciado: “la paz se ha proclamado; la guerra continúa”. Y continuaba porque permanecía todo el germen de ideas que habían encendido la guerra y que no era meramente la de los derechos de sucesión.

Entre tanto, Balmes ya había vuelto de Cervera definitivamente al finalizar el curso de 1835; ya no podía contar con el Obispo Corcuera, que había fallecido. Optó por encerrarse en aquel largo periodo de silencio y oscuridad, que en realidad fue la verdadera fragua del gran espíritu de Balmes: los grandes caracteres se forman en el sufrimiento y en el silencio. Fueron aquellos cinco años de sufrimiento y de estudio, de reflexión y de espiritualidad, que le prepararon para aquella súbita epifanía ante el mundo en 1841, a la cual siguió una vida fulgurante como la de un meteoro gigantesco, que deslumbra y se quema, pero dejando cenizas vivas que no se apagan. Balmes realizó toda su enorme producción que conocemos hoy con sorpresa, desde 1841 a 1848.

¿Cómo maravillarse de que tan profundos pensamientos y tan geniales obras le salieran casi espontáneamente, cuando no eran más que una mera formulación de lo que durante tantos años había ido formando en sí?

II

AUTOFORMACION DE BALMES PARA LA LUCHA POR LAS GRANDES VERDADES

I. Los años de silencio.

Cuentan los biógrafos de Santo Tomás de Aquino que los compañeros de estudio, cuando estaba en Colonia bajo el magisterio de San Alberto Magno, le dieron el sobriquete de "buey mudo". Pero cuando se puso a hablar, sus mugidos se oyeron por todo el mundo y aún hoy perduran. El por su parte dio como explicación de su silencio que ante tal maestro, San Alberto Magno, sólo le cabía callar.

Algo semejante podríamos decir de Balmes. Se encerró en el silencio muchos años: allí examinó lo que es el corazón humano, allí se puso en contacto con las fuentes del saber; pero cuando llegó el día en que le tocase hablar, ¿cómo iba a hablar!

Es algo exactamente al revés de lo que hacen hoy tantos jóvenes que se imaginan que podrán formarse hombres por alardear de hombres en medio del griterío. Balmes nos dice de sí mismo en su relato autobiográfico: "Concluido el curso 1834 a 1835, me fui a mi casa, y no quise volver a la Universidad: la guerra y la revolución iban arreciando; y yo preferí a la carrera universitaria la oscuridad de la vida doméstica" (8).

¿Cuál fue la actitud política de Balmes en todo este tiempo? Exactamente la misma que había mantenido antes: inhibición total

(8) *Vindicación personal* (escrito firmado en Vich, y como ya hemos dicho, el 13 de agosto de 1846, que Balmes publicó en *El Pensamiento de la Nación* el 19 de agosto de 1846, vol. III, pág. 513); BB XXXI, 289; BAC VII, 779.

ante toda lucha menuda, ante todo partidismo ocasional; penetrar y ahondar en los grandes principios doctrinales: ahí estaba la raíz donde podría reconocer la parte de verdad que había en el liberalismo para que admitiéndola le "quitase las armas" (como indicó años después en su famoso opúsculo Pío IX); pero por otra parte, desde los altos principios filosóficos y teológicos, atacar de raíz todo aquel bajo fondo de corrupción que fermentaba en las ideas liberales, no con el designio de luchas callejeras, sino edificando positivamente los grandes principios y verdades en que radicaba lo hondo del problema, que la gente superficial no apreciaba, ni siquiera advertía.

Abundan los hechos que atestiguan esta sabia y profunda norma de proceder. Por ejemplo, el 7 de febrero de 1835, cuando Balmes todavía estaba en Cervera terminando el último año de sus estudios, ¿qué cosa habría sido más cómoda para él, joven doctorando que quisiese medrar, que mezclar en su discurso de doctorado alabanzas al régimen entonces imperante, que era el de los liberales? Sin embargo, nos dice de sí mismo: "la función se verificó el 7 de febrero de 1835; la guerra civil estaba en su incremento; las pasiones ardían; y yo, claro, como graduando, debía, según las leyes académicas, pronunciar un discurso en elogio del monarca reinante: y como a la sazón era gobernadora Su Majestad la reina Cristina, era preciso hablar de esta augusta señora. El concurso era numeroso; las opiniones políticas muy encontradas, y se deseaba saber lo que yo pensaba de las cosas públicas. ¿Saben mis lectores lo que hice? ¿Creen que me entusiasmé por la reina gobernadora y que le dispensé las lisonjas que a la sazón le prodigaban otros que ahora [escribe esto el 13 de agosto de 1846] la insultan? No, no: lo que hice fue prescindir de toda política: y me ceñí a elogiar la apertura de las universidades, y aprovechándome de no sé qué providencia sobre enseñanza de matemáticas, me detuve un poco en este punto, y acabé mi discurso sin ofender ni a cristinos ni a carlistas, porque no había hablado ni de unos ni de otros" (9). Este era Balmes. Tanto como

(9) *Vindicación personal*; BB XXXI, 288-289; BAC VII, 779.

apreció la serena región de los grandes principios que aparecen en los diez tomos de sus escritos políticos, tanto despreció las pequeñeces de la política menuda, de compromisos y corrillos, de soluciones ocasionales y entusiasmos superficiales, que nunca van al fondo del mal, y por ello nunca ponían el verdadero remedio, porque dejaban intacta la infección que se escondía en el fondo del liberalismo: la rebelión contra la autoridad, con pretexto de libertad.

Otro caso muy claro de esta actitud de Balmes se le presentó a fines del año 1837. Balmes, terminados ya sus largos estudios, había vuelto a Vich para encerrarse todavía varios años en una vida de silencio y concentración. Había de buscarse algún medio para sufragar los gastos de su vida. De momento lo halló al presentarse la ocasión de hacer oposiciones para una cátedra de matemáticas que se abrió en Vich. Ganó las oposiciones y desempeñó esa cátedra de matemáticas cuatro años, hasta que en 1841, cuando ya se manifestó ante el mundo con aquel fogonazo de su primer escrito, renunció a ella. ¡Qué fácil hubiera sido en el momento de su discurso académico dejarse seducir por el ambiente, prodigando alabanzas al régimen liberal que estaba en el poder, a fin de medrar y obtener puestos más lucrativos! Sin embargo, no lo hizo así. También es él mismo quien nos lo cuenta en su breve relato autobiográfico con estas palabras: "A fines del año 37 se planteó en Vich una cátedra de matemáticas; y como el cálculo y la geometría no son ni cristinos ni carlistas, y por otra parte la obscuridad del puesto no llamaba la atención, no tuve inconveniente en encargarme de dicha enseñanza, que continué por cuatro años. Y es de notar que habiéndose hecho una función solemne en la apertura del establecimiento, yo pronuncié el discurso inaugural y no hablé ni una sola palabra de política. Los testigos viven y en Vich están. De mi comportamiento en la enseñanza no soy yo quien debe hablar: todos los que me favorecieron con su asistencia saben que no hablé jamás una sola palabra de política. Más de una vez sucedió que nos hallábamos interrumpidos en nuestros cálculos con las campanadas de alarma o el toque de

general: si era posible continuar, continuábamos; o si no, nos levantábamos tranquilamente y nos íbamos" (10).

Este fue exactamente Balmes: "Durante la guerra civil no me mezclé jamás en nada que tuviese relación con la política. Mis obligaciones, la biblioteca y mi casa." Esta es la frase que lo dice todo: "Mis obligaciones, la biblioteca y mi casa; sin más distracción que un rato de paseo, que daba o solo o en compañía de un amigo, que por lo común solía ser alguno de mis discípulos" (11).

El atleta que va a correr en el estadio, antes de lanzarse a la carrera, afianza bien su pie atrás; pero este paso atrás es condición para el éxito del avance ulterior. Por el mismo hecho que Balmes pasó aquellos años de silencio (semejantes en todo a los de su larga formación universitaria) consagrados al silencio, al estudio, a la meditación, por ello pudo después, cuando llegó el momento, combatir a fondo, en el terreno de las ideas, las grandes falsedades de la revolución. Pero entonces, ¡de qué manera tan profunda y fulgurante lo hizo!

2. Sus primeros escauceos: el celibato del clero.

De repente, cuando Balmes era todavía un desconocido en España, surgió, como chispa que hace arder la estopa impregnada de combustible, una ocasión en que se tocaba al vivo el ambiente revolucionario que el liberalismo había desencadenado. Como un muelle comprimido dentro de una caja salta de repente afuera haciendo saltar la tapa, así sucedió con Balmes. Esta ocasión fue un artículo publicado en un periódico de Madrid, *La Paz*, el 7 de abril de 1838, en el cual alababan el último tomo de una obra de Guizot sobre la civilización, que se derretía en alabanzas al protestantismo, como si éste hubiera traído al mundo una era de civilización, de libertad, de progreso, frente al catolicismo, que

(10) *Vindicación personal*; BB XXXI, 289-290; BAC VII, 779.

(11) *Vindicación personal*; BB, 290; BAC VII, 780.

presentaba como si nada hubiese hecho, sino mero obstáculo para la libertad.

Apenas Balmes leyó aquel artículo, sintió que le hervía la sangre. Tomó la pluma y escribió al director de *La Paz*, proponiéndole un reto literario: ¿quién había sido el que realmente nos ha dado conciencia del respeto a la dignidad del hombre, el respeto a la verdadera libertad?

Naturalmente, aquel reto no fue aceptado. Pero fue ocasión para que Balmes, desde 1838, empezase a recoger notas para lo que habría de ser poco después su gran obra: *El Protestantismo comparado con el Catolicismo*.

Entre tanto, envió a un concurso un opúsculo que en aquellos tiempos de liberalismo era de suma actualidad: la controversia sobre el celibato del sacerdote. Prescindiendo de las leyes canónicas y civiles, ¿qué conduce más al bien de la sociedad, el celibato del clero católico o el matrimonio de los pastores protestantes? El éxito de Balmes fue tan insospechado para él como asombroso para el público. Ganó el concurso; se publicó su escrito en 1839 y pronto Balmes fue conocido en toda España.

En este opúsculo escribe Balmes: "Sojuzgado el corazón del esposo por las gracias de su amable compañera, embelesado con las caricias de los hijos de su corazón, lleno de ilusión y esperanzas por sus disposiciones precoces y de temores y recelos por su suerte venidera, siente que se despiertan en su pecho una muchedumbre de afectos tan tiernos y solícitos, como fuertes e irresistibles; pero todos aislados, concentrados en la esfera de su familia, todos convergentes, por decirlo así, en la dirección del bienestar y felicidad de su esposa y de sus hijos. Sus necesidades se aumentan, sus afanes se multiplican, cobra a los intereses un apego increíble, y mientras absorben su atención las ocurrencias de lo presente atormentan a la vez su ánimo con inquietudes y zozobras los azares del porvenir. Nada más a propósito para corroborar estas aseveraciones que las siguientes palabras del doctor King, ministro de la reforma protestante: «No fue poca desgracia (dice) para la causa del cristianismo en Inglaterra el permiso concedido

a nuestro clero de contraer matrimonio cuando la reforma nos separó del papismo, porque ha sucedido precisamente lo que debía necesariamente suceder y lo que se debería haber previsto. *Desde aquella época nuestros eclesiásticos no han pensado más que en sus mujeres y en sus hijos.*» Estas palabras no necesitan comentarios, y ellas dicen de un modo elocuente la elevada prudencia del catolicismo en vedar el matrimonio al clero, cuyos bienes deben destinarse, particularmente, a saciar el hambre del pobre, a cubrir la desnudez del mendigo, al socorro de la estrechez de la viuda y al amparo de la orfandad desvalida; ellas dicen si hubiera sido prudente el embarazar al clero con las atenciones siempre crecientes de la esposa y de los hijos, para que a este solo recuerdo se helara su corazón y se cerrara su mano” (12).

“Figuraos ahora un misionero protestante [prosigue Balmes] embarazado con el vínculo conyugal; al abordar una playa lejana y desconocida, teniendo a la vista la inmensidad de un desierto, sin divisar en ninguna parte la más leve señal de la mano del hombre, rodeado de las colosales producciones de la naturaleza, que en medio de una soledad sublime y de un silencio imponente despliega a sus ojos una majestad aterradora; si al trepar por fragosos barrancos y entrecortadas malezas oye el destemplado aullido de la horda salvaje, ¿creéis acaso que tendrá valor para dirigirse a su encuentro, cuando en aquel instante no podrá menos de asaltarle el angustioso recuerdo de las lágrimas de su esposa, del llanto de sus hijos, que tal vez en aquel mismo momento lloran en torno a la desolada madre la ausencia de un padre a quien no volverán a ver, y de un padre que va en busca de una muerte obscura, sin testigo siquiera, sin consuelo ni gloria? No extrañemos, pues, la incomparable distancia de los resultados de las misiones protestantes al fruto de las misiones católicas; pues que, a más de la esterilidad que será siempre el patrimonio de las iglesias separadas del fecundo seno de la Iglesia, tienen los misioneros protestantes la gran desventaja de presentarse en las misio-

(12) *El Celibato del Clero*; BB, IV, 26-27; BAC V, 667.

nes rodeados de sus esposas y de sus hijos, ocupados antes de empezar sus tareas en proporcionar cómoda vivienda a su familia, y con tamaños antecedentes bien se les ha de alcanzar a los infieles que aquellos hombres tienen también sus aficiones y sus apegos terrenos, y a buen seguro que tampoco encontrarán entre ellos ningún émulo del gran Javier, ni celosos imitadores de los mártires del Japón" (13).

Notamos inmediatamente, apenas leemos párrafos como éstos, que Balmes escribe con el estilo propio del romanticismo: el de su época. No se lo imputemos, porque si entonces todos escribían así, así había de escribir él. Pero bajo el empalagoso y redundante estilo dulzón del romanticismo, hallamos en él un pensamiento, pensamiento vigoroso y firme, anclado tanto en la psicología del corazón humano, como en los altos principios doctrinales.

3. La manifestación de Balmes ante España: la pobreza del clero.

A este primer opúsculo, pronto le siguieron otros dos. En aquellos años de liberalismo triunfante, cuando decretaban arrebatar las posesiones de la Iglesia (también hoy, aunque bajo otro pretexto, hablan de la "pobreza de la Iglesia", como si la "miseria", que no quieren para nadie, tuviese que ser el medio apropiado para una labor evangelizadora eficaz) ponían en público una cuestión que hizo fuese de suma actualidad el nuevo opúsculo balmesiano: *Observaciones sociales, políticas y económicas sobre los bienes del clero*.

Balmes tomó la pluma en 1839, cuando, después del famoso trienio liberal 1820-1823, se iniciaba de nuevo en los ambientes gubernamentales la discusión del modo de perpetrar el despojo de los bienes de la Iglesia, supliéndolos mediante una subvención gubernamental al clero, contra la que hoy día los descendientes de aquella misma mentalidad protestan. Balmes empezó probablemen-

(13) *Ibid.*; BB IV, 28-30; BAC V, 668-669.

te por octubre de 1839 la redacción de su opúsculo; lo terminó el 1.º de marzo de 1840; en abril se imprimía en Vich con una tirada de 2.000 ejemplares. Y se difundió con tanta rapidez y éxito, que fue realmente el espaldarazo de la fama, que de repente hizo conocer su nombre en toda España.

El escrito de Balmes sube más arriba de los hechos ocasionales y particulares para hacer ver el profundo mal que ha causado a las ideas de España esta especie de xenofilia (hoy la llamaríamos papanatismo ante todo extranjero) que nos trajeron los "afrancesados" como si fuesen grandes ideas: "Tenemos los españoles la desgracia de que muchos de los hombres que se empeñan en dirigirnos no nos conocen, porque mal pueden conocernos cuando solamente nos han estudiado desde París y Londres, o cuando más no extendiendo la vista fuera del reducido círculo de algunos salones de la capital; por eso gran parte de sus proyectos, o no encuentran aplicación o experimentan resistencia... Como quiera, andaremos sufriendo, ya que los españoles lo hemos perdido casi todo, menos el hábito de sufrir, y al contemplar ese porvenir tan nebuloso acabará de afligirnos la amarga consideración de que, si nuestros hombres públicos se empeñan en cerrar los ojos a lo que es más claro que la luz del día, por más que haya sufrido la generación que acaba, quizás tendrá poco que envidiar a la generación que comienza" (14). ¿No fue así?

Los hechos posteriores bien demostraron que las palabras de Balmes resultaron proféticas, no precisamente por carismas divinos extraordinarios, sino por la clarividencia de su genio, que le hacía ahondar hasta las causas más profundas de los hechos.

4. Su entrada en las ideas políticas.

Si el opúsculo balmesiano sobre la pobreza del clero fue como una bomba que de repente hizo resonar por toda España la fama del nombre de Balmes al descubrir a aquel sacerdote, hasta

(14) *Los bienes del clero*; BB IV, 154-155; BAC V, 745.

entonces oculto, que de repente se elevaba a la zona de los grandes principios doctrinales para combatir la revolución en su mismo germen, las ideas, también fue importante para su prestigio el tercer opúsculo publicado en agosto de 1840: *Consideraciones políticas sobre la situación de España*, primer escrito político balmesiano.

El general Espartero, representante del campo liberal, tenía en sus manos efectivamente el poder, bajo la apariencia de que gobernaba la regente Doña Cristina. El P. Casanovas resume sintéticamente así el sentido de la acción de Balmes cuando lanzó su primer escrito político: "Vio la siniestra figura de Espartero que iba a apoderarse de la regencia, y quiso salirle al paso, como pastorcillo David a Goliat. El día 11 de junio de 1840 salían las reinas [Doña Cristina y la joven Isabel] de Madrid para Barcelona. Aquello fue un verdadero secuestro, donde había de perecer la regencia de Cristina. Probablemente Balmes empezó su escrito en la primera quincena de mayo, y a fines de junio ya busca habitación en Barcelona para ir a imprimirlo en esta ciudad" (15). Como de hecho, Espartero por aquellos días triunfó y entró en Madrid como omnipotente, después de desterrar a Cristina, y llevando casi como si fuera una cautiva a la niña Isabel, el escrito de Balmes no podía tener éxito editorial ante el público.

Pero lo que interesa en este escrito balmesiano no es precisamente su posición particular sobre un momento particular, sino como siempre, la altura de las grandes ideas a que eleva siempre las cuestiones con su pensamiento, según hace notar en su mismo prólogo: no ofende a personas, trata de ideas.

Sus ideas están bien claras: "Antes de entregarse a tan inauditos excesos [habla de la Revolución francesa], se había presentado como un tribunal fundado por la filosofía y creado con el fin de abrir una residencia general de todas las creencias y poderes; ejecutando puntualmente las astutas inspiraciones de su maligna madre la filosofía del siglo XVIII, se había erigido como

(15) BB XXIII, 24, BAC VI, 17.

en protector *nato* de todo cuanto tuviese inclinación a sacudir el yugo de la autoridad religiosa o política, y despertaba, por consiguiente, vivas simpatías en cuantos abrigasen miras análogas o siquiera ideas que por secretas afinidades se dirigiesen con más o menos determinación y viveza hacia el mismo polo" (16). En Francia, después de la filosofía del siglo XVIII, todo el ambiente tenía secretas afinidades con la revolución; por ello, pasada la sacudida inicial, se aminoraron algo los efectos (aunque no fuese de modo profundo); pero la situación del pueblo español era muy distinta: "debía empezar la lucha, y encarnizada, y duradera, resultando de aquí el sumirse la nación en un piélago de revueltas, de sangre y de lágrimas" (17); como fue todo el siglo XIX.

Adviértase el sentido en que Balmes emplea la palabra "democracia" (que no es el que le damos hoy), sino el que entonces venía a equivaler al complejo de todo el liberalismo de las Cortes de Cádiz, con su Constitución de 1812. Entendiéndolo así, decía Balmes: "Progresar es marchar hacia adelante, y si esto se ha de aplicar a la sociedad en sentido razonable, sólo puede significar *marchar hacia la perfección*. Cuando la sociedad se perfecciona, progresa; cuando pierde su perfección, retrograda: para saber si hay progreso o no; toda la cuestión está en si hay nueva perfección o no; pues, aunque la palabra *progreso* suele tomarse por algunos como sinónima de tendencia democrática, para ser esto admisible sería necesario probar que las leyes e instituciones son tanto más perfectas cuanto más democráticas, y que la perfección de la sociedad consiste en el absoluto predominio de la democracia; proposición insostenible, porque con la historia y la filosofía se puede demostrar que no existe tal dependencia ni enlace, y que, según las circunstancias, podrá la perfección de la sociedad exigir, con respecto al elemento democrático, ahora un sistema de restricción y después quizá un sistema de ensanche" (18). Este es Balmes: esencialmente equilibrado, ponderado, sin términos ab-

(16) *Situación de España*, cap. VI; BB XXIII, 58; BAC VI, 36.

(17) *Ibid.*, cap. VI; BB XXIII, 61; BAC VI, 38.

(18) *Ibid.*, cap. XI; BB XXIII, 96; BAC VI, 58-59.

solutos en un sentido ni en otro; pero siempre elevado y regido por altos principios.

Después de exponer el gran peligro de la anarquía qua acecha, dice Balmes de España: "Otra de las causas que conducen a los pueblos modernos a la anarquía es su estado moral; es la anarquía de las ideas, la duda: ese vértigo que ha herido tantas cabezas, esa confusión que reina en todas partes, que amenaza envolver en las tinieblas las ideas del bien y del mal, borrar todo rastro de moralidad, destrozarse los cimientos de las sociedades y quebrantar los lazos de las familias. De todo se duda, hasta de la duda misma: la impiedad no domina, la indiferencia no satisface, pero la fe tampoco prevalece; el principio del interés privado no triunfa, pero los grandes principios de la moral tampoco recobran el debido ascendiente. No es pequeña la porción que de tan funesta anarquía ha cundido entre los españoles, pero es menester confesar que las doctrinas religiosas conservan todavía mucho poder, que el principio católico es muy robusto, que la impiedad no se ha extendido a las masas y que en su generalidad el pueblo español todavía cree, ventaja imponderable que puede producir a la nación los mayores beneficios" (19). Y concluye poco después con aquellas palabras de honda sabiduría: "¡Ay de nosotros si llegásemos a perder esta alhaja preciosa, si llegásemos a desasirnos de esa áncora, sola que puede salvarnos de tan deshecha tormenta, si perdiéramos de vista ese faro que esclarece un horizonte de tinieblas!" (20).

¿No es verdad que muchas de esas ideas parecen haber sido escritas para hombres de nuestros días?, ¿no vio claro Balmes a qué término conduciría el ritmo que se había iniciado?

(19) *Ibid.*, cap. XVII; BB XXIII, 143-144; BAC VI, 86-87.

(20) *Ibid.*, BB XXIII, 145; BAC VI, 87.

III

SU FILOSOFIA DE LA HISTORIA: EL PROTESTANTISMO COMPARADO CON EL CATOLICISMO

1. Sentido en que tiene hoy actualidad esta obra balmesiana.

Esta es la obra que ha hecho más famoso a Balmes: *El Protestantismo comparado con el Catolicismo*.

Muchos imaginan que se trata de una obra teológica, pero no es así. En ella no examina los dogmas de la fe, no discute verdades ni errores. Esta obra es, podríamos decir con Tomás Carreras Artau, una Filosofía de la Historia (21). Y como él, lo han dicho también grandes escritores, como Marcelino Menéndez y Pelayo: "No es una refutación directa del protestantismo ni una historia de sus evoluciones, asunto de poco interés en España [...] no escribía como teólogo, sino como historiador de la civilización, y no estudiaba el protestantismo en su esencia dogmática ni en la variedad de sus confesiones, sino en su influjo social. No hay, pues, que buscar en el libro lo que su autor no pudo ni quiso poner." Y añade poco después: "Así, lo que había empezado con visos de polémica, adquirió solidez y consistencia de obra doctrinal y se convirtió en uno de los más excelentes tratados de Filosofía de la Historia, que con criterio católico se han escrito, sin caer en el misticismo vago y nebuloso de Federico Schlegel y los románticos alemanes, ni en la apologética ciega e inconsiderada de las *Instituciones* de la Edad Media que puede

(21) CARRERAS ARTAU, Tomás: *Balmes y la Filosofía de la Historia*. "Pensamiento" III (1947, número extraordinario dedicado a Balmes) 269-280.

notarse en muchos autores franceses de la llamada Escuela neocatólica" (22).

Mirando la lógica interna de los hechos, ¿a qué resultado deberían llevar a la larga los dogmas fundamentales del protestantismo, como el "libre examen"?, ¿a fundamentar sólidamente la libertad, o bien por exagerarla, a hundirla en la desintegración y por reacción opuesta a la tiranía?, ¿a la serenidad y paz que da la convicción de la unidad en la verdad, o a la desintegración, a la duda, a la desesperación, y por reacción opuesta al fanatismo? Es decir, examina Balmes el Protestantismo y el Catolicismo de un modo cultural, en sus repercusiones sobre la civilización europea.

El gran biógrafo de Balmes, P. Ignacio Casanovas, que dice "esta es la obra máxima balmesiana: su obra, como la llamaba el mismo autor", nos hace pensar en las palabras de Balmes con que en el prospecto de su obra explica cuál había sido su intención fundamental cuando la escribió: "Campean mucho en la actualidad las opiniones de cierta escuela filosófico-histórica empeñada en cubrir de gloria la revolución religiosa del siglo XVI, señalándola como un acontecimiento grandioso, fecundo en los más importantes resultados para la civilización europea. Cabalmente cuando el protestantismo, con la infinita multiplicación de sus sectas, está tocando al último término de disolución, manifestando así su incapacidad radical para organizar un sistema religioso firme y duradero, se quiere hermosearle con galas ajenas, atribuyéndole glorias que por ningún título le pertenecen." Fue la obra de Guizot la que en tiempos de Balmes empezaba a difundirse en España; y en contraposición a su tesis, escribió Balmes los cuatro libros inmortales de su obra: "A prevenir tan grave daño se dirige la obra que anunciamos manifestándose en ella que la pretendida influencia del protestantismo en el desarrollo de la civi-

(22) *Edición Nacional de las obras completas de Menéndez Pelayo*, dirigida por Angel González Palencia, vol. 43. *Ensayos de Crítica Filosófica*, edición preparada por Enrique Sánchez Reyes. Ed. "Consejo Superior de Investigaciones Científicas", Madrid 1948, pág. 358-360.

lización europea es un hecho que está en pugna con la razón y con la historia" (23).

Ya sé que alguien me objetará: estamos ahora en tiempos de ecumenismo; nos esforzamos por mostrar amor a nuestros hermanos separados, porque el amor a veces lleva más fácilmente a la unión que la controversia; insistimos en aquellos puntos que nos unen (la fe en Dios, en Jesucristo, en el bautismo, etc.) más que en aquellos otros puntos que nos separan, precisamente para que dentro de un clima de amor podamos llegar un día no lejano a que se cumpla el deseo de Jesucristo: "que todos sean uno" (Juan, 17, 21); "un solo rebaño y un solo Pastor" (Juan, 10, 16). Por tanto, dentro de este ambiente actual, ¿no resulta inoportuna la obra de Balmes?

A esta pregunta, cuya formulación es obvia, hay que contestar varias cosas. Ante todo, que Balmes siempre, en todos sus escritos, tiene una gran delicadeza hacia las personas. Él combate "ideas", no "personas". Y si se le hace necesario combatir a una persona, desaparece el nombre (como en el opúsculo político de que ya hablamos contra Espartero); y si las nombra, por ejemplo al tratar de un sistema filosófico, siempre escribe con el máximo respecto al hombre en su aspecto personal y llevando su discurso al alto nivel de las razones y pruebas. Quien haya leído mucho a Balmes, sé que convendrá en mi afirmación. Basta que vea, por ejemplo, sus *Cartas a un escéptico*, entre ellas la VII, *La tolerancia*, y comprobará a qué gran nivel se coloca siempre Balmes cuando escribe.

Hecha ya esta primera observación, añadiré otra. Y es que "completar" no es "suprimir", si lo que se había dicho ya estaba bien dicho.

Ciertamente, el Espíritu Santo ha movido maravillosamente a que en la Iglesia las mismas verdades se expongan con aquella manera o forma de presentación que las haga más aptas para ser aceptadas en los momentos concretos en que toque exponerlas.

(23) BB V, 11-12; BAC IV, 9.

Pero hoy día no corremos el mismo peligro que en el siglo XVI de que se emprenda una "guerra de religión" (como asolaron Alemania y Francia las luchas armadas después de la reforma protestante); y cuando por otra parte el ritmo técnico de la humanidad se desarrolla tanto que pone en rápida comunicación a extremos alejados del mundo como Pekín y Nueva York, más de lo que podían estar relacionadas entonces dos ciudades de una misma nación, las doctrinas sobre la solidaridad y caridad (que entonces se dirigían a los hombres con quienes se tenía contacto más inmediato) ahora se alargan a dimensiones de pueblos a pueblos (ahí está la Encíclica *Populorum progressio*); y buena prueba de todo ello es el Decreto sobre el ecumenismo *Unitatis redintegratio* que nos dio el Concilio Vaticano II el 21 de noviembre de 1964.

Todo esto es verdad, y lejos de mí estaría el negarlo o desconocerlo. Pero añado que no es "toda" la verdad: es decir, que junto a estos aspectos hay también otros; y estos otros son que la unión a que tiende el ecumenismo, no ha de llegar por vía de "confusión de doctrinas", como sería proponer los dogmas con palabras equívocas, que sonando externamente una misma cosa, en realidad significasen cosas muy diversas para unos y para otros; la unión así conseguida sería falsa y engañosa. Tampoco ha de llegar por vía de "sincretismo", amalgamando una junto a otra ideas opuestas, al modo como los romanos reunían en su panteón a todos los dioses de los países conquistados. Ni ha de llegar por vía de "ocultación", como si la unión tuviera que lograrse a base de ocultar algunas verdades, para que así, profesando solamente algunas, se tuviese una coincidencia, que en realidad sería una mutilación y una apostasía. Claramente habló sobre esto Pablo VI en su Encíclica sobre el *Diálogo, Ecclesiam suam* (24) y aparece en el mismo documento del Concilio Vaticano II sobre el ecumenismo.

(24) Del 6 de agosto de 1964; véase en la edición de BAC, vol. 251, en los párrafos o números 81 ss; lo mismo ha repetido en muchas otras ocasiones.

La unidad ha de hacerse en la verdad y sólo en la verdad; el camino para llegar a la unión ha de ser el del amor, el del diálogo entre especialistas ansiosos de verdad, profundizando cada uno en las fuentes de la Revelación, de que dimana la formulación de la verdad en dogmas; ha de llegar sobre todo por el camino sobrenatural de la oración y de la gracia divina. Ha de llegar también con la verdadera caridad, que sabe distinguir entre lo necesario y lo accidental, entre lo perenne y lo que fue meramente hecho histórico y ocasional. Pero en última instancia, una verdad que no fuese más que un engaño político no satisfaría a nadie, ni daría firmeza a esta falsa unión. Con este irenismo nos uniríamos todos, sí, pero, como dijo Pío XII, nos uniríamos "en la ruina común".

Por consiguiente, el ecumenismo bien entendido tampoco se opone a que con las debidas cautelas se hagan ver las grandes verdades que Balmes hace ver. ¿Que Balmes ha de ser hoy día "completado"? De acuerdo. ¿Que su libro ha de ser leído con la "precaución" y cuidado que Dios y la Iglesia piden de nosotros en las circunstancias presentes? De acuerdo también. Bien lo expresó el gran ecumenista P. Charles Boyer, S. I., en una conferencia pronunciada en "Fundación Balmesiana" precisamente sobre este tema: "De Balmes al ecumenismo de hoy" (25).

Pero puestas por delante todas estas salvedades y precauciones, es innegable también que las grandes ideas de Balmes, al elevarse desde los hechos a la Filosofía de la Historia, conservan en este aspecto valor perenne, que también para encauzar bien el ecumenismo son de enorme interés y actualidad.

Radica, pues, el perenne interés y actualidad de las ideas de Balmes en su gran obra *El Protestantismo comparado con el Catholicismo* en el hecho de que si bien hoy hemos de "añadirle" la consideración de aquellos puntos que pide el ecumenismo tan acentuado de hoy día, sin embargo hemos de evitar el peligro enorme que se cierne cuando no pocas personas no distinguen entre "uni-

(25) "Espíritu", Barcelona, 17 (1968) 64-71.

dad" y "confusión" y consideran como si fuese una adquisición algo que en realidad sería destrucción; toman como si fuese "progreso" algo que sería "progresar en la desintegración".

No se diga que el peligro de este engaño es ilusorio, porque son innumerables los documentos magisteriales y las obras teológicas en que se pone de manifiesto que en muchas partes se ha incurrido en la confusión y en la claudicación, con daño inmenso. Para no citar más que unos pocos ejemplos bien típicos: es bueno notar que la libertad es un gran bien concedido por Dios al hombre, y que el hombre ha de estar libre de "coacción social" para buscar la verdad; pero esta libertad no es absoluta, sino radical, y por tanto, sujeta a limitaciones, sin las cuales sería una pérdida, no una adquisición. Por ejemplo, el hombre no es libre para que *sin buscar la verdad* pueda abrazar por gusto cualquier religión, antes tiene *obligación* de buscar la verdad y de adherirse a ella una vez lograda; y añade el Concilio que esta verdad está en la Iglesia Católica (26). Que el ejercicio de la libertad de coacción ha de estar concorde con las libertades de los demás, según exige el orden del bien común, de suerte que esta libertad no es ilimitada (27).

Ahora bien, Balmes precisamente muy bien hace notar que trastornos sociales se han producido cuando la libertad se ha tomado sin límites; una libertad ilimitada, termina por negar la misma libertad. Sus rectos límites, por el contrario, la fundamentan y fortalecen. Libertad que bien entendida así, no fue precisamente un fruto del protestantismo, sino que ya estaba radicada en la misma Revelación, hasta sin formulación expresa (28).

De modo semejante podrían señalarse muchos puntos en que la obra de Balmes, como fundamental Filosofía de la Historia, conserva (con las salvedades antes indicadas) toda su actualidad

(26) Concilio Vaticano II. Declaración sobre Libertad Religiosa, *Dignitatis humanae*, n. 1. Ed. "Biblioteca de Autores Cristianos", vol. 252, 2.^a edic. (1968) pág. 683 ss.

(27) *Ibid.*, n. 7.

(28) *Ibid.*, n. 9.

y hasta resulta en algunos puntos hoy día de mucho mayor actualidad e interés, precisamente por la mayor necesidad que hay de entender bien el ecumenismo.

2. Exito de la obra balmesiana.

Aunque ya en 1838 empezó Balmes a tomar apuntes para escribir esta obra, no obstante no publicó el prospecto anunciando la aparición de su primer volumen hasta el 1.º de marzo de 1842, y no salió a la luz hasta el mes de abril. El 14 de noviembre anunciaba la aparición del segundo volumen. El 6 de julio del año 1843 se ponía en conocimiento de todos la publicación del tercero, y a últimos de febrero de 1844 salía el cuarto volumen, que es el último de la obra.

Ya desde 1842 estaba traduciéndose al francés, y Balmes estaba en tratos para la traducción inglesa. La primera edición de la traducción italiana salió en 1845-1846, a la cual sucedieron varias ediciones, hasta la última, que en el siglo pasado fue probablemente la de 1859 (29). Se tradujo asimismo al alemán, al checo, al húngaro, al polaco, al portugués, mientras iban sucediéndose las ediciones en español.

No era sorprendente el maravilloso éxito editorial de la obra balmesiana, precisamente porque en ella, sin ofender a nadie personalmente, ni detenerse en casos particulares y contingentes (en que suelen detenerse los talentos vulgares), Balmes se levantaba

(29) MENDOZA, Juan de Dios, S. I.: *Bibliografía balmesiana*. "Biblioteca histórica de la Biblioteca Balmes", serie II, vol. XXIV; Barcelona, Ed. Balmes, 1961; números 584-595. Véase también BATLLORI, Miguel, S. I. *Per la storia della fortuna del Balmes in Italia*. "Congreso Internacional de Filosofía (Barcelona, 4-10 octubre 1848) con motivo del Centenario de los Filósofos Francisco Suárez y Jaime Balmes", Actas, vol. III, Madrid, Instituto "Luis Vives de Filosofía", 1949, págs. 335-355. El Padre Batllori señalaba en esta fecha diez ediciones completas del *Protestantismo* en italiano, sin contar los resúmenes y opúsculos que se publicaron de ella.

a la altura de las grandes ideas y principios, que tienen vigencia universal.

Naturalmente, no sería oportuno para lo que ahora pretendemos en estas páginas presentar todo el esquema de la obra de Balmes, sino que nos interesará más escoger algunas de sus grandes ideas que tienen manifiesta relación con los problemas que estamos viviendo hoy. La respuesta que Balmes les dio un siglo atrás nos hacen entrever por analogía lo que diría hoy.

Una de estas ideas es la que podría quizá formularse así: la libertad es un gran don concedido por Dios al hombre, pero por lo mismo que viene de Dios y va dirigida a que el hombre busque a través de ella dónde se esconde el Bien que anhela, esta libertad esencialmente tiene límites: puesto que ni crea el Bien, ni puede no tener la tendencia a buscar el Bien, ni es libre para negar la libertad con que dirá de qué bien hace "su" bien. Por tanto, estos límites parecen mermar la libertad, pero en realidad la confirman. Por el contrario, una libertad humana que se erigiese como creadora del Bien a que tiende y como fin en sí misma, llevaría a que también el hombre tuviese libertad para negar su libertad: es el despotismo, la tiranía de la Convención. Ahora bien, el protestantismo, al negar precisamente uno de estos límites que Dios ha señalado (la sujeción al Magisterio por El instituido) y al establecer el "libre examen", ha incubado en su seno un principio disolvente de falsa libertad, que había de conducir, por la lógica interna de la realidad, a un librepensamiento, después a la indiferencia y escepticismo respecto de la verdad absoluta, y finalmente a la disyuntiva de reaccionar o con la desesperación y anarquía o, al revés, con el fanatismo ciego de la fuerza, hasta cuando se impusiese a nombre de la libertad.

Veamos algunos de los textos de Balmes, que a veces dan la impresión de haber sido escritos para hombres de nuestros días, en unos momentos en que estamos viviendo las consecuencias de una inflación de libertad, que no halla en paz su justo medio.

3. La falsa libertad del libre examen.

El título que lleva el capítulo IV es: *El protestantismo lleva en su seno un principio disolvente.*

Entiéndase bien: no quiere decir Balmes, cuando habla contra el libre examen, que el cristiano no pueda constantemente examinar las fuentes mismas de la Revelación y de sus más altos principios (como ha desarrollado precisamente en el capítulo anterior), sino en el sentido negativo que sería *no admitir la limitación* que a la libertad de decisión ha señalado Dios estableciendo el Magisterio como ayuda para interpretar rectamente su Palabra. La expresión "libre examen" es una fórmula esquemática, que, como toda fórmula, ha de ser explicada.

En este sentido dice Balmes que una vez abierto el dique, ya no han podido taponarlo para encontrar otros límites que eviten la desintegración de una inundación total: "En vano lucha el hombre contra la fuerza entrañada por la misma naturaleza de las cosas; en vano fue que el protestantismo quisiese poner límites a la extensión del principio de examen y que a veces levantara tan alto la voz y aun descargase su brazo con tal fuerza que no parecía sino que trataba de aniquilarlo. El espíritu de examen privado estaba en su mismo seno, allí perseveraba, allí se desenvolvía, allí obraba aun a pesar suyo: no tenía medio el protestantismo, o echarse en brazos de la autoridad, es decir, reconocer su extravío, o dejar al principio disolvente que ejerciera su acción, haciendo desaparecer de entre las sectas separadas hasta la sombra de la religión de Jesucristo y viniendo a poner el cristianismo en la clase de las escuelas filosóficas. Dado una vez el grito de resistencia a la autoridad de la Iglesia, pudieron muy bien calcular los funestos resultados; fue desde luego muy fácil prever que, desenvuelto el maligno germen, traía consigo la ruina de todas las verdades cristianas. ¿Y cómo era posible que no se desenvolviese rápidamente ese germen en un suelo donde era tan viva la fermentación? Señalaron a voz en grito los católicos la gravedad

e inminencia del riesgo, y en obsequio de la verdad es menester confesar que tampoco se ocultó a la previsión de algunos protestantes. ¿Quién ignora las explícitas confesiones que se oyeron ya desde un principio y se han oído después de boca de sus hombres más distinguidos? Los grandes talentos nunca se han hallado bien con el protestantismo; siempre han encontrado en él un inmenso vacío, y por esta causa se los ha visto propender o a la irreligión o a la unidad católica.”

“El tiempo, ese gran juez de todas las opiniones, ha venido a confirmar el acierto de tan tristes pronósticos; y actualmente han llegado ya las cosas a tal extremo, que es necesario o estar muy escaso de intrucción o tener limitados alcances para no conocer que la religión cristiana, tal como la explican los protestantes, es una opinión y no más; es un sistema formado de mil partes incoherentes y que pone el cristianismo al nivel de las escuelas filosóficas. Y nadie debe extrañar que parezca aventajarse algún tanto a ellas y conserve ciertos rasgos que dan a su fisonomía algo que no se encuentra en lo puramente excogitado por el entendimiento del hombre. ¿Sabéis de dónde nace todo esto? Nace de aquella sublimidad de doctrina, de aquella santidad de moral, que, más o menos desfiguradas, resplandecen siempre en todo cuanto conserva algún vestigio de la palabra de Jesucristo. Pero el endeble resplandor que queda luchando con las sombras después que ha desaparecido del horizonte el astro luminoso no puede compararse con la luz del día: las sombras avanzan, se extienden y, ahogando el débil reflejo, acaban por sumir la tierra en oscuridad tenebrosa.”

“Tal es la doctrina del cristianismo entre los protestantes: con sólo dar una ojeada a sus sectas se conoce que ni son meramente filosóficas ni tienen los caracteres de religión verdadera; el cristianismo está entre ellas sin una autoridad, y por esto parece un viviente separado de su elemento, un árbol secado en su raíz; por esto presenta la fisonomía pálida y desfigurada de un semblante que no está ya animado por el soplo de vida. Habla el protestantismo de la fe, y su principio fundamental la hiere de

muerte; ensalza el Evangelio, y el mismo principio hace vacilar su autoridad, pues que la deja abandonada al discernimiento del hombre; y si pondera la santidad o pureza de la moral de Jesucristo, ocurre desde luego que en algunas de las sectas disidentes se le despoja de su divinidad, y que todas podrían hacerlo muy bien sin faltar al único principio que les sirve de punto de apoyo. Y una vez negada o puesta en duda la divinidad de Jesucristo, queda cuando más colocado en la clase de los grandes filósofos y legisladores; pierde la autoridad necesaria para dar a sus leyes aquella augusta sanción que tan respetables las hace a los mortales, no puede imprimirles aquel sello que tanto las eleva sobre todos los pensamientos humanos y no se ofrecen ya sus consejos sublimes como otras tantas lecciones que fluyen de los labios de la sabiduría increada.”

“Quitando al espíritu humano el punto de apoyo de una autoridad, ¿en qué podrá afianzarse? ¿No queda abandonado a merced de sus sueños y delirios? ¿No se le abre de nuevo la tenebrosa e intrincada senda de interminables disputas que condujo a un caos a los filósofos de las antiguas escuelas? Aquí no hay réplica, y en esto andan acordes la razón y la experiencia: substituido a la autoridad de la Iglesia el examen privado de los protestantes, todas las grandes cuestiones sobre la divinidad y el hombre quedan sin resolver, todas las dificultades permanecen en pie; y flotando entre sombras el entendimiento humano, sin divisar una luz que pueda servirle de guía segura, abrumado por la gritería de cien escuelas que disputan de continuo sin aclarar nada, cae en aquel desaliento y postración en que le había encontrado el cristianismo y del que le había levantado a costa de grandes esfuerzos. La duda, el pirronismo, la indiferencia serán entonces el patrimonio de los talentos más aventajados; las teorías vanas, los sistemas hipotéticos, los sueños, formarán el entretenimiento de los sabios comunes; la superstición y las monstruosidades serán el pábulo de los ignorantes.”

Balmes se hace eco de una acusación (que pronunciada en 1842 parece más bien un eco de las que seguimos oyendo en 1971):

la acusación de que poner estos límites a la libertad, al exigir acatamiento al Magisterio de la Iglesia, con ello se viola la dignidad del hombre. Dice así Balmes: "Gloríanse los protestantes de la independencia de su entendimiento y achacan a la religión católica el que viola los derechos más sagrados, pues que, exigiendo sumisión, ultraja la dignidad del hombre. Cuando se declama en este sentido vienen muy a propósito las exageraciones sobre las fuerzas de nuestro entendimiento, y no se necesita más que echar mano de algunas imágenes seductoras, pronunciando las palabras de *atrevido vuelo*, de *hermosas alas* y otras semejantes, para dejar completamente alucinados a los lectores vulgares."

"Goce enhorabuena de sus derechos el espíritu del hombre, gloríese de poseer la centella divina que apellidamos entendimiento, recorra ufano la naturaleza y, observando los demás seres que le rodean, note con complacencia la inmensa altura a que sobre todos ellos se encuentra elevado [...]; mas por reconocer la dignidad y elevación de nuestro espíritu, mostrándonos agradecidos al beneficio que nos ha dispensado el Criador, ¿deberemos llegar hasta el extremo de olvidar nuestros defectos y debilidad? ¿A qué engañarnos a nosotros mismos, queriendo persuadirnos que sabemos lo que en realidad ignoramos? ¿A qué olvidar la inconstancia y volubilidad de nuestro espíritu? ¿A qué disimularnos que en muchas materias, aun aquellas que son objeto de las ciencias humanas, se abruma y confunde nuestro entendimiento, y que hay mucho de ilusión en nuestro saber, mucho de hiperbólico en la ponderación de los adelantos de nuestros conocimientos? ¿No viene un día a desmentir lo que asentamos otro día? ¿No viene de continuo el curso de los tiempos burlando todas nuestras previsiones, deshaciendo nuestros planes y manifestando lo aéreo de nuestros proyectos?"

Parece que Balmes estuviese leyendo los incesantes cambios de la exégesis protestante en cuanto a los puntos más fundamentales y graves de la interpretación bíblica durante tres siglos; después que algunos pretendieron, sin conseguirlo, dar una verdad que de derecho fuese tal para todos en el mismo orden racio-

nal o filosófico, Kant pretendió que su revolución copernicana daría estabilidad a la filosofía después de él: pero, por el contrario, ha sobrevenido la mayor desintegración; pretendió asentar una universalidad y necesidad, que ni siquiera pretendía debieran ser admitidas por seres superiores no dotados de sensibilidad, puramente espirituales; pero ni hasta así limitada la verdad, ha tenido consistencia su intento. Hegel pretendió que su filosofía sería el término a que iba dirigido todo el proceso filosófico: pero, en realidad, inmediatamente después de él, unos pasaron de nuevo a un Logos, un Dios, extrínseco al devenir, que garantizase la inmutabilidad o ley del devenir, con lo cual ya el hegelismo se hundía, mientras que en el extremo opuesto los que más consecuentemente sumergían en el devenir la misma ley del devenir, como Benedetto Croce, caían en un relativismo de pura desintegración. Surge Husserl, que de momento pareció iba a dar con su severo método cierta fijeza de universalidad y necesidad a la verdad: pero una trascendencia encerrada en la misma inmanencia no permitía admitir el proceso histórico, ni la realidad fluyente de otros "yo" plenamente trascendentes que proyectasen un mundo de universales concordante con el de uno propio; y con ello dio paso a Heidegger y al existencialismo; no ha sido solución encerrarse en un mero positivismo, porque "desconocer" los problemas últimos de su fundamentación no es "resolverlos". Al fin, ya no pocos filósofos de hoy ni siquiera proponen o pretenden hablar de la verdad más que como mera expresión de "su" propia verdad, como podría ser "su" quejido, o "su" dolor, o "su" codicia, puramente singular y limitada. ¿Qué sistema filosófico de hoy día, nacido dentro de este ambiente criticista, ha conseguido que los que lo continúan no empiecen negando sus mismos principios?

Cobran fuerza a la luz de estas realidades las palabras de Balmes: "El catolicismo dice al hombre: "Tu entendimiento es muy flaco, y en muchas cosas necesita un apoyo y una guía." Y el protestantismo le dice: "La luz te rodea, marcha por do quieras, no hay para ti mejor guía que tú mismo." ¿Cuál de las dos re-

ligiones está de acuerdo con las lecciones de la más alta filosofía?"

Por esto es notable el hecho de que cuando un católico pasa al protestantismo, suele escribir en seguida *contra* el catolicismo que ha dejado (como si inconscientemente sintiese que ha hecho mal y que ha de justificar, ante su propia conciencia y los demás, una rebelión de la que no está tranquilo), mientras que no suele escribir *a favor* del protestantismo (como si en lo hondo de su alma no estuviese convencido de haber hallado allí la verdad); en cambio sucede al revés, que los grandes conversos del protestantismo al catolicismo no suelen escribir denigrando el protestantismo que abandonaron (como si sintiesen que es innecesaria tal declaración) y en cambio suelen acentuar mucho la gran esperanza, la firmeza y la felicidad de la verdad hallada.

Balmes nota con profundidad lo hondo de las reacciones del espíritu humano: "Ya no debe, pues, parecer extraño que los talentos más grandes que ha tenido el protestantismo, todos hayan sentido cierta propensión a la religión católica, y que no haya podido ocultárseles la profunda sabiduría que se encierra en el pensamiento de sujetar en algunas materias el entendimiento humano al fallo de una autoridad irrecusable. Y en efecto: mientras se encuentre una autoridad que en su origen, en su establecimiento, en su conservación, en su doctrina y conducta reúna todos los títulos que puedan acreditarla de divina, ¿qué adelanta el entendimiento con no querer sujetarse a ella? ¿Qué alcanza divagando a merced de sus ilusiones, en gravísimas materias, siguiendo caminos donde no encuentra otra cosa que recuerdos de extravíos, escarmientos y desengaños?"

En nota cita Balmes las palabras de Lutero escribiendo a Zuinglio: "Si dura mucho el mundo, será de nuevo necesario, a causa de las varias interpretaciones de la Escritura que ahora circulan, para conservar la unidad de la fe, recibir los decretos de los concilios y refugiarnos a ellos." Y cita a continuación otros testimonios semejantes de Melancton, Calvino, Beza, Grocio y hasta las curiosas del filósofo Leibniz (que pertenecía a la cou-

fesión de Augsburgo): "En todos los casos que no permiten los retardos de la convocación de un concilio general o que no merecen ser tratados en él, es preciso admitir que el primero de los obispos, o el Soberano Pontífice, tiene el mismo poder que la Iglesia entera." Es decir, sentían el afán de buscar un sustitutivo a lo que Dios mismo había establecido y que el protestantismo había negado, empezando a seguir, por la lógica interna de los hechos, hacia la inestabilidad, la multiplicidad de la desintegración y en el fondo la negación de la misma verdad que todavía querían mantener.

4. Indiferencia y fanatismo: dos extremos opuestos acarreados a Europa por el protestantismo.

Si Balmes nos ha dado una profunda lección de Filosofía de la Historia al hacernos ver que en el orden del conocimiento una sabia limitación de la libertad ayuda para ser libre del escepticismo y de sus angustias, en otro capítulo, no menos genial, aplica la misma doctrina, no ya al conocimiento, sino a la voluntad, o si se quiere decir así, a sus aplicaciones prácticas.

Las consecuencias prácticas de aquel fallo radical fueron conducir a dos extremos opuestos: de un lado a la indiferencia, hija de las dudas en vez de la firmeza de la convicción en la posesión de la verdad, indiferencia que lleva a la voluntad la angustia cuando necesita un apoyo firme a que asirse, y que en algunos casos ha llevado hasta la desesperación; de otro lado, por reacción equivocada, pero muy explicable, ha llevado al fanatismo, es decir, a una solución de convicción irrazonable, sostenida, "porque sí", *quia nominor teo*, que es el fanatismo de la violencia.

Pero será mejor dejar la palabra al mismo Balmes en el capítulo VII de su obra: "Rechazada por el protestantismo la autoridad de la Iglesia, y estribando sobre este principio como único cimiento, ha debido buscar en el hombre todo su apoyo; y desconocido hasta tal punto el espíritu humano, y su verdadero

carácter, y sus relaciones con las verdades religiosas y morales, le ha dejado ancho campo para precipitarse, según la variedad de situaciones, en dos extremos tan opuestos como son el *fanatismo* y la *indiferencia*.”

“Extraño parecerá quizás enlace semejante y que extravíos tan opuestos puedan dimanar de un mismo origen, y, sin embargo, nada hay más cierto, viniendo en esta parte los ejemplos de la historia a confirmar las lecciones de la filosofía. Apelando el protestantismo al solo hombre en las materias religiosas, no le quedaban sino dos medios de hacerlo: o suponerle inspirado del cielo para el descubrimiento de la verdad, o sujetar todas las verdades religiosas al examen de la razón: es decir, o la *inspiración* o la *filosofía*. El someter las verdades religiosas al fallo de la razón debía acarrear tarde o temprano la indiferencia; así como la inspiración particular o el espíritu privado había de engendrar el fanatismo.”

Realmente las palabras de Balmes han sido confirmadas por los hechos. Gran parte de las exageraciones escépticas y negativas a que ha llegado la exégesis protestante se debe a que en el fondo tiene una inspiración de filosofía subjetivista y agnóstica que la lleva a un naturalismo racionalista, totalmente opuesto a la trascendencia de Dios, a la trascendencia de la Revelación y, por tanto, en clara antítesis, con lo más íntimo y propio de la religión cristiana, que es teocéntrica, no antropocéntrica. De otra parte, la proliferación de pretendidos “profetas” y “carismáticos” (que no lo son en el verdadero sentido de la palabra, por cuanto todo cristiano es movido por el Espíritu Santo como miembro vivo del cuerpo místico de Cristo, de quien recibe la fe y la justificación) sino que no quieren someter sus “profecías” a una autoridad superior (I Cor. 14, 29; 37; I.ª Juan, 4, 1).

No transcribiré las palabras de Balmes en todo lo que sigue en este capítulo porque esto sería alargarnos demasiado: cualquier lector tendrá fácilmente a mano la obra balmesiana. En él expone Balmes algunos de los muchísimos casos en que pobres ilusos creyéndose “profetas” han llegado a las mayores locuras.

Pero si en vez de detenernos en 1842, citásemos lo que nos ha ido dando la historia desde 1842 hasta hoy, el capítulo de Balmes se convertiría en un tomo de enciclopedia.

Tan interesante como él es el capítulo siguiente VIII, dedicado al fanatismo, que Balmes encierra muy bien en sus justos límites: "Injusticia fuera tachar una religión de falsa sólo porque en su seno hubieran aparecido fanáticos: esto equivaldría a deshecharlas todas, pues que no sería dable encontrar una que estuviese exenta de semejante plaga. No está el mal en que se presenten fanáticos en medio de una religión, sino en que ella los forme, en que los incite al fanatismo o les abra para él anchurosas puertas." Pero no hay que entender por fanatismo tener convicciones profundas, arraigadas, si se presentan razonablemente y se defienden con medios proporcionados: "Pero si la opinión fuere verdadera, los medios de defenderla legítimos y la ocasión oportuna, entonces no hay fanatismo, por grande que sea la exaltación del ánimo, por viva que sea su efervescencia, por vigorosos que sean los esfuerzos que se hagan, por costosos que sean los sacrificios que se arrosten; entonces habrá entusiasmo en el ánimo y heroísmo en la acción, pero fanatismo no: de otra manera los héroes de todos los tiempos y países quedarían afeados con la mancha de fanáticos."

Ahora bien, ¿dónde de suyo, dónde surgirá por la fuerza misma de los hechos el fanático como en su terreno natural?, ¿en el que creyéndose ser profeta o inspirado o sujeto de revelaciones divinas, sabe que hay una autoridad que le puede instruir y eventualmente corregir, o en el que pueda proclamarse a sí mismo norma última para proclamar una verdad que no durará ni veinte años en su pretensión de ser inmutable?

5. El ateísmo.

Ya es muy notable que Balmes haya entrevisto a tantos años de distancia que el principio íntimo de destrucción que el protestantismo llevaba en su seno contenía un germen que de suyo

tendía a producir a la larga el indiferentismo, por la multiplicidad de afirmaciones en materias sumamente graves y fundamentales, que en vez de ser estables irían cambiando y debilitándose. Pero además de ello también es notable que Balmes haya entrevisto a mitad del siglo XIX que esta disposición conduciría al ateísmo.

En el capítulo IX de su obra, titulado *La incredulidad y la indiferencia religiosa acarreadas a Europa por el protestantismo*, va exponiendo los diversos pasos por los que se siguió hasta que en el siglo XVIII ya empezaron a dar este último paso del ateísmo, cuyas últimas consecuencias, en grandes proporciones palpamos hoy: "No es mi ánimo el tachar de impíos a todos los protestantes y reconozco gustoso la entereza y tesón con que algunos de sus sabios más ilustres se han opuesto al progreso de la impiedad. No ignoro que los hombres adoptan a veces un principio cuyas consecuencias rechazan, y que entonces sería una injusticia el colocarlos en la misma clase de aquellos que defienden a las claras esas mismas consecuencias; pero también sé que, por más que se resistan los protestantes a confesar que su sistema conduzca al ateísmo, no deja por ello de ser muy cierto; pueden exigirme que yo no culpe en este punto sus intenciones, mas no quejarse de que haya desenvuelto hasta las últimas consecuencias su principio fundamental, no desviándome nunca de lo que nos enseñan acordes la filosofía y la historia" (30).

Uno de los aspectos en que se confirma más la verdad de la previsión de Balmes es aquel que se refiere a los sectores del protestantismo donde ha hallado cabida, casi como espontáneamente, una filosofía que ciertamente había de chocar y encontrar tenaz oposición en un ambiente católico: es el ambiente filosófico subjetivista.

Kant admite a Dios, ciertamente; pero ¡qué Dios! Al que ni podemos ascender como fuente de toda belleza, verdad y bondad al ver en este mundo los vestigios de su perfección, sino un Dios impuesto por una razón práctica ciega, que nos hace asentar que

(30) *El Protestantismo*, cap. 9; BB V, 150-151; BAC IV, 93.

ha de ser el garante de la inmortalidad y de la sanción moral, sin que nuestro entendimiento pueda decir que "es" así. ¿Podría un hijo amar verdaderamente a un hombre y a una mujer de quienes tuviese que "postular" que son sus padres, pero que de ninguna manera pudiera conocer su entendimiento que lo "son" mediante los testigos autorizados de que dispone? El día en que rechace como absurda esta división radical entre entendimiento y voluntad, ¿qué será de su ciega "postulación" de Dios?

Y si de Kant pasamos a Hegel, ¿qué es el "dios" de Hegel? No me interesa ahora en absoluto ponerme a discutir si su sistema es "panteísta" o "panenteísta" o lo que se quiera decir: pero ciertamente en su sistema no está aquel Ser que en la Revelación nos ha dicho que nos ama con amor gratuito, habiéndonos creado sin ninguna necesidad sino libremente, que no nos olvida, como una madre no puede olvidar al hijo de sus entrañas (Is. 66, 13) y con un amor eterno (Is. 54, 8).

En tiempos de Balmes llamaban a la filosofía kantiana y postkantiana filosofía "espiritualista" porque realmente era una reacción contra el "materialismo" de Lamettrie y otros del siglo anterior; y sin embargo, Balmes, hablando de esta fe en Dios, que al principio los protestantes creyeron poder conservar intacta, les dice: "Dichosos los protestantes si en medio de sus extravíos conservaran al menos este precioso tesoro [de la fe en Dios]; si no apartándose de las huellas de sus predecesores rechazasen esa filosofía monstruosa que amenaza resucitar todos los errores antiguos y modernos, comenzando por substituir el informe panteísmo al Dios sublime de los cristianos. Que no estén desprevenidos los protestantes que profesan amor a la verdad, que se interesan por el honor de su comunión, por el bien de su patria, por el porvenir del mundo; si el panteísmo llega a dominar, no será la filosofía espiritualista la que habrá salido triunfante, sino la materialista. En vano se entregan los filósofos alemanes a la abstracción y al enigma, en vano condenan la filosofía sensualista del pasado siglo: un Dios confundido con la naturaleza no es Dios; un Dios que se identifica con todo es nada; el panteísmo es la di-

vinización del universo, es decir, la negación de Dios" (31). ¿No tenía razón Balmes al escribir estas palabras en las primeras décadas del siglo XIX cuando todavía era poco conocido Hegel?, ¿no tenía razón al pensar que lógicamente, por la fuerza interna de los hechos, este "espiritualismo" llevaría al "materialismo", cuando un siglo después vemos la trayectoria que han seguido con Hegel-Feuerbach-Marx, hasta conducir al "materialismo dialéctico" del comunismo, esencialmente ateo? (32).

Pero si de la filosofía que se ha incubado en el seno de los ambientes donde nació el protestantismo se pasa a la zona de la misma teología y exégesis bíblica, ya ni es preciso aducir pruebas que confirmen sus afirmaciones, porque son demasiado conocidas por todos. Sólo citaré un caso, precisamente porque en el momento en que escribo tiene cierta actualidad: el libro del conocido obispo anglicano de Wollwich, John A. T. Robinson, *Honest to God*. ¿En qué fuentes se inspiró para escribirlo? Él mismo nos las da: son los alemanes Tillich, Bonhoeffer y Bultmann. Llega a identificar a Dios con "lo más profundo de nuestro ser". ¿Pero "está en" lo más profundo de nuestro ser individual y humano, o "es sólo" esto? Entonces, ¿en qué se diferencia el humanismo de Robinson del ateísmo, sino pura cuestión de nombre? "Esto — y no su religiosidad ni su creencia en la existencia de una Persona en el cielo — es lo que en definitiva lo distingue (al cristiano) del humanista y del ateo" (33) dice. Y "esto", identificado con lo más

(31) *El Protestantismo*, cap. 69; BB VIII, 248; BAC IV, 725.

(32) *Cartas a un escéptico*, carta IX, *Panteísmo de la filosofía alemana*; BB X, 175 ss.; BAC V, 339. "Extraño es que filósofos que se glorían de altamente espiritualistas, que se manifiestan despreciar el materialismo francés del siglo pasado, lo establezcan tan lisa y llanamente combatiendo la espiritualidad, la inmortalidad y el origen divino de nuestra alma." Véase el desarrollo posterior de estas ideas a continuación, *ibid.*, BB X, 181; BAC V, 342.

(33) ROBINSON, John, A. T.: *Sincer envers Dieu (Honest to God)*. Ed. "Ariel", Barcelona, 1966, pág. 190. Para esto, que aquí no puedo desarrollar más, remito a mi artículo: *Cristianismo sin Dios y sin religión*. "Cristianidad", Barcelona XIV (1967) núm. 432, pág. 32-37.

profundo del ser humano, es lo que llama "amor", sin que sepamos si es personal, consciente. Pero como se sabe, la difusión y éxito de este libro ha sido muy grande.

No discutiré ahora ciertamente, porque estaría fuera de lugar, si lo que suenan las palabras de Robinson, es decir, la intención objetiva de su libro, coincide o no con la intención subjetiva del autor al escribirlas; pero por lo menos es innegable que habla de tal manera sobre Dios que muchos los han interpretado así: A. Mac Intyre decía en *Encounter*: "Lo que llama la atención en el libro del Dr. Robinson es, primero y sobre todo, que el autor es ateo." Y T. E. Utley, en *Sunday Telegraph*, decía: "¿Qué le sucedería a un obispo anglicano que no creyese en Dios? Sostengo que ésta es la situación del obispo de Wollwich... Me parece que el autor viola los principios del trato honrado, pues intenta vender como cristiana una mercancía que no tiene relación con el significado histórico y admitido de esta palabra" (34).

Vamos, no obstante, a suponer que todos los que han interpretado a Robinson cuando nos habla con palabras que suenan a negación de la divinidad de Jesucristo, o identificando a Dios con lo íntimo de nuestro ser, o liberando a la moral de la sujeción a cualquier precepto universal se hubiesen equivocado: por lo menos es bien cierto que habla con un lenguaje tan sospechosamente oscuro, que se ha prestado a que muchos —cuya buena fe no puede ponerse en duda— lo hayan interpretado así. ¿No dista esto totalmente de una clara profesión de fe en Dios trascendente?

Como no conoce la filosofía de la tradición católica (sino las filosofías nacidas precisamente de este ambiente subjetivista que profesan los autores alemanes en quienes se inspira), resulta que para Robinson debería ser Dios "absolutamente otro", y, por tanto, "absolutamente incognoscible". Por nuestra filosofía sabemos que Dios "es otro", trascendente, distinto de todo lo creado; pero no es "absolutamente otro". Antes al revés, como todo lo creado de-

(34) Se encontrarán estas citas en el artículo mencionado en la nota anterior.

pende de El *en cuanto a todo*, hasta la más íntima profunda raíz de su ser (por cuanto es Creador), resulta que todo lo que tiene algo de perfección, algo de ser, es un vestigio de El. Pero dada ya esta semejanza precisamente porque Dios es ser y todos somos seres, es decir, que nuestro conocimiento de ser es totalmente trascendente, sin límite, resulta que en cuanto *al modo* con que Dios realiza esta perfección propia suya, dista infinitamente del *modo* humano o creado de realizarla. De modo que podemos decir que Dios es el ser "de quien" conocemos más (pues toda perfección, todo lo positivo será totalmente un vestigio suyo), pero puesto ya este conocimiento es el ser "que" conocemos menos (es decir, en cuanto a su *modo* propio de Infinito con que realiza esta perfección).

Nuestra filosofía, por una parte, nos pone a salvo del panteísmo: pero por otro lado nos libra del agnosticismo. La "analogía del ser", raíz del pensamiento filosófico católico, es por fuerza teísta. En cambio la filosofía que nació en estos ambientes subjetivistas del protestantismo, fácilmente cae por su mismo peso a un lado o a otro: o a un panteísmo, que verdaderamente niega a Dios, o a un agnosticismo, que también lo desconoce al identificarlo con lo íntimo de cada ser individual. Pregunto, pues, ¿no tenía razón Balmes al afirmar que la lógica interna de los hechos, por llevar el protestantismo en su seno el principio de rebelión contra la autoridad puesta por Dios, conduciría a estas situaciones de ateísmo?

Balmes vio muy claro hace más de un siglo. Y cuando todavía hoy tantos hay a nuestro alrededor que no aciertan a ver estas consecuencias, Balmes, ¿qué les diría hoy?

IV

LA LIBERTAD A LA LUZ DE LA FILOSOFIA DE LA HISTORIA

1. La libertad y sus límites.

Pocos temas hay que sean hoy día tan de actualidad como el tema de la libertad. Pero en nuestros días, su actualidad ya no queda meramente en el plano de la discusión doctrinal, sino que ha descendido a la práctica de lo que podría llamarse un estado perenne de rebelión que en realidad es negación de la libertad: niega la libertad de vivir en paz; niega la libertad de arreglar las diferencias y buscar el perfeccionamiento por las vías de la legalidad propias del hombre racional; niega la libertad de que los hombres desapasionadamente puedan ahondar en el amor a la verdad para hallarla.

Frente a la raíz misma del liberalismo "estricto" (que proclamaba la libertad humana ilimitada porque no la fundaba en Dios, sino en el hombre mismo, y por tanto llevada a sus últimas consecuencias habría de anunciarse con el absurdo de aquel filósofo de nuestros días cuando decía que el hombre "es libertad"), Balmes, por el contrario, afirma la obligación que tenemos de buscar la Verdad. No somos moralmente libres para no buscarla o para rechazarla una vez hallada. La obligación pone un límite; pero este límite en realidad la afianza, porque si el hombre no tuviese esta obligación (radicada, como toda obligación, en Dios) y fuese totalmente libre, también sería libre para negar la libertad.

Ahora bien, Balmes hace ver muy bien que quienes atacan la Verdad, atacaban también con ello la moral, y de ahí vendría la sujeción a la perturbación social, es decir, pérdida de libertad:

“Se han atacado los dogmas, pero no se ha reflexionado bastante que con ellos estaba ligada íntimamente la moral, y que esa moral misma es un dogma. Con la proclamación de una libertad de pensar ilimitada se ha concedido al entendimiento la impecabilidad; el error ha dejado de figurar entre las faltas de que puede el hombre hacerse culpable. Se ha olvidado que para *querer* es necesario *conocer*, y que para *querer bien* es indispensable *conocer bien*. Si se examinan la mayor parte de los extravíos de nuestro corazón, se encontrará que tienen su origen en un concepto errado; ¿cómo es posible, pues, que no sea para el hombre un deber el preservar su entendimiento del error? Pero desde que se ha dicho que las opiniones importaban poco, que el hombre era libre en escoger las que quisiese sin ningún género de trabas, aun cuando perteneciesen a la religión y a la moral, la verdad ha perdido de su estimación y no disfruta a los ojos de los hombres aquella alta importancia que antes tenía por sí misma, por su valor intrínseco, y muchos son los que no se creen obligados a ningún esfuerzo para alcanzarla. Lamentable situación de los espíritus y que encierra uno de los más terribles males que afligen a la sociedad” (35).

Si el hombre tiene obligación de buscar la Verdad, puede haber errores culpables, cuando por interés o pasión no pone los debidos medios para hallarla, o cuando esquiva la luz entrevista. Será inculpable el error que se tiene de buena fe; será culpable el error que implica huir de la luz, siendo Dios con ella el principio y el término de nuestro ser. Muy bien pudo decir Newman (en aquella ocasión memorable en que enfermo, medio inconsciente), decía “no he pecado nunca contra la luz”: y Dios le concedió llegar al término para hallarla. Balmes insiste mucho en hacer ver la culpabilidad que puede haber en el error, después de haber expuesto que el principio protestante del “libre examen” tenía en el fondo este secreto enlace con la base errónea de lo que fue después el liberalismo radical.

“Los primeros [los que sostienen la doctrina católica] tienen

(35) *El Protestantismo*, cap. 35; BB VI, 284; BAC IV, 359-360.

por principio inconcuso que hay *errores de entendimiento que son culpables*; los segundos [los que defienden la raíz del liberalismo] piensan, al contrario, que todos los *errores de entendimiento son inocentes*. Los católicos miran como una de las primeras ofensas que puede el hombre hacer a Dios, el error acerca de las importantes verdades religiosas y morales; sus adversarios excusan esa clase de errores con la mayor indulgencia, y no pueden conducirse de otro modo so pena de ser inconsecuentes. Los católicos admiten la posibilidad de la ignorancia invencible de algunas verdades muy graves, pero esta posibilidad la limitan a ciertas circunstancias, fuera de las cuales declaran al hombre culpable; pero sus adversarios, ponderando de continuo la libertad de pensar, no poniéndole más trabas que las que sean del gusto del individuo, afirmando sin cesar que cada cual es libre de tener las opiniones que más le agraden, han llegado a inspirar a todos sus partidarios la convicción de que no hay opiniones culpables, que no tiene el hombre la obligación de escudriñar cuidadosamente el fondo de su alma para examinar si hay algunas causas secretas que le impelen a apartarse de la verdad; han llegado, por fin, a confundir monstruosamente la libertad física del entendimiento con la libertad moral, han desterrado del orden de las opiniones las ideas de *M- cito* o *ilícito*, han dado a entender que estas ideas no tenían aplicación cuando se trataba del pensamiento. Es decir, que en el orden de las ideas han confundido el derecho con el hecho, han declarado inútiles e incompetentes todas las leyes divinas y humanas. ¡Insensatos! Como si fuera posible que lo que hay más alto y más noble de la humana naturaleza no estuviera sujeto a ninguna regla; como si fuera posible que lo que hace al hombre rey de la creación no debiese concurrir a la inefable armonía de las partes del universo entre sí y del todo con Dios; como si esta armonía pudiese ni subsistir, ni concebirse siquiera en el hombre no declarando como la primera de sus obligaciones la de mantenerse adherido a la verdad.”

“He aquí una razón profunda que justifica a la Iglesia católica cuando considera el pecado de herejía como uno de los ma-

yores que el hombre puede cometer. ¡Qué! Vosotros, que sonreís de lástima y desprecio al solo mentar el nombre de pecado de herejía; vosotros, que le consideráis como una invención sacerdotal para dominar las conciencias y escatimar la libertad del pensamiento, ¿con qué derecho os arrogáis la facultad de condenar las herejías que se oponen a vuestra ortodoxia?, ¿con qué derecho condenáis esas sociedades donde se enseñan máximas atentatorias a la propiedad, al orden público, a la existencia del poder? Si el pesamiento es libre, si quien pretende coartarle en lo más mínimo viola derechos sagrados, si la conciencia no debe estar sujeta a ninguna traba, si es un absurdo, un contrasentido, el pretender obligar a obrar contra ella o a desobedecer sus inspiraciones, ¿por qué no dejáis hacer a esos hombres que quieren destruir todo el orden social existente, a esas asociaciones subterráneas que de vez en cuando envían algunos de sus miembros a disparar el plomo homicida contra el pecho de los reyes? Sabed que si para declarar injusta y cruel la intolerancia que se ha tenido en ciertas épocas con vuestros errores invocáis vosotros vuestras convicciones, ellos también pueden invocar las suyas. Vosotros decíais que las doctrinas de la Iglesia eran invenciones humanas, ellos dicen que las doctrinas reinantes en la sociedad son también invenciones humanas; vosotros decíais que el orden social antiguo era un monopolio, ellos dicen que es un monopolio el orden actual; vosotros decíais que los poderes antiguos eran tiránicos, y ellos dicen que los poderes actuales tiránicos son; vosotros decíais que queríais destruir lo existente para fundar instituciones nuevas que harían la dicha de la humanidad, ellos dicen que quieren derribar todo lo existente para plantear también otras instituciones que labrarán la dicha del linaje humano; vosotros declarábais santa la guerra que se hacía al poder antiguo, y ellos declaran santa la guerra que se hace al poder actual; vosotros apelásteis a los medios de que podíais disponer y los pretendísteis legitimados por la necesidad, ellos declaran también legítimo el único medio que tienen, que consiste en concertarse, en prepararse para el momento oportuno, procurando acelerarle asesinando

personas augustas. Habéis pretendido hacer respetar todas vuestras opiniones hasta el ateísmo, y habéis enseñado que nadie tenía el derecho de impedirnos el obrar conforme a vuestros principios; pues bien, principios tienen también, y principios horribles, los fanáticos de quienes estamos hablando; convicciones tienen también, y convicciones horribles” (36). ¿No es innegable que Balmes habla con una intuición que parecía hacerle ver un siglo antes el estado de rebelión, el ambiente de guerras incesantes a que nos llevaría el comunismo, fruto espontáneo de este liberalismo de “libertad ilimitada”, donde se llegaría hasta a tener libertad para negar la libertad, proclamando como única libertad la que dicen se tiene en el comunismo?

“Una vez sentado el principio de que hay errores culpables, principio que, sino en la teoría, al menos en la práctica todo el mundo debe admitir, pero principio que en teoría sólo el catolicismo sostiene cumplidamente, resulta bien clara la razón de la justicia con que el poder humano castiga la propalación y la enseñanza de ciertas doctrinas, y los actos que a consecuencia de ellas se cometen, sin pararse en la convicción que pudiera abrigar el delincuente. La ley conviene en que existió o pudo existir ese error de entendimiento; pero en tal caso declara culpable ese mismo error; y cuando el hombre invoca el testimonio de la propia conciencia, la ley le recuerda el deber que tenía de rectificarla” (37). La conciencia individual es norma “manifestativa” de la obligación; por o a través de la conciencia, al hombre se le manifiesta, conoce la verdad sobre su obligación; pero esta conciencia ha de formarse según la realidad, que es norma “constitutiva”: la realidad la crea Dios, la norma de la obligación radica, pues, en Dios. Por tanto, el hombre tiene obligación de trabajar tanto para buscar la verdad como para formar su conciencia según esta norma objetiva o ley, ya sea natural, ya divina positiva, ya dada por la autoridad constituida por el mismo Dios para que nos enseñe y nos rija.

(36) *Ibid.*, cap. 35; BB VI, 277-281; BAC IV, 355-357.

(37) *Ibid.*, cap. 35; BB VI, 281; BAC IV, 358.

2. La verdadera tolerancia.

Se da la paradoja de que quien parecería ser intolerante es, por el contrario, más tolerante, porque conociendo bien que ha de buscar la Verdad, anclada en Dios, si no transige con el error ni con el mal, tiene más amor al hombre, hijo de Dios, destinado a poseer la verdad y el bien: "Algunos se imaginan que la tolerancia es propia de los incrédulos y la intolerancia de los hombres religiosos; pero esto es un error. ¿Quién más tolerante que San Francisco de Sales? ¿Y quién más intolerante que Voltaire?" (38); De hecho, basta leer aquella famosa *Carta sobre la tolerancia*, que tiene Balmés entre sus *Cartas a un escéptico* (39) para convencerse dónde está la verdadera tolerancia, y cuánto mejor se hace cuando se la distingue perfectamente de la claudicación.

Balmés, que tan hondamente grabada en su alma tenía la pasión por la Verdad, en sus escritos es un verdadero modelo de respeto hacia las personas cuyas ideas muchas veces combate: "La tolerancia en un hombre religioso, aquella tolerancia que no dimana de la flojedad en las creencias y que se enlaza muy bien con un ardiente celo por la conservación y la propagación de la fe, nace de dos principios: la caridad y la humildad. La caridad, que nos hace amar a todos los hombres, aun a nuestros mayores enemigos, que nos inspira la compasión de sus faltas y errores, que nos obliga a mirarlos como hermanos y a emplear los medios que estén en nuestro alcance para sacarlos de su mal estado, sin que nos sea lícito considerarlos privados de esperanza de salvación mientras viven sobre la tierra. Rousseau ha dicho que "es imposible vivir en paz con gentes a quienes se cree condenadas"; nosotros no creemos ni podemos creer condenado a nadie mientras se vive, pues que por grande que sea su iniquidad, todavía son mayores

(38) *Ibid.*, cap. 35; BB VI, 255; BAC IV, 343.

(39) *Cartas a un escéptico*, carta VII, *La tolerancia*; BB X, 150-162; BAC V, 325-332.

la misericordia de Dios y el precio de la sangre de Jesucristo, y tan lejos estamos de pensar lo que dice el filósofo de Ginebra que "amar a esos tales sería aborrecer a Dios", que, antes bien, dejaría de pertenecer a nuestra creencia quien sostuviese semejante doctrina. La humildad cristiana es la otra fuente de la tolerancia; la humildad que nos inspira un profundo conocimiento de nuestra flaqueza, que nos hace mirar cuanto tenemos como venido de Dios, que no nos deja ver nuestras ventajas sobre nuestros prójimos, sino como mayores títulos de agradecimiento a la liberal mano de la Providencia: la humildad, que no limitándose a la esfera individual, sino abrazando la humanidad entera, nos hace considerar como miembros de la gran familia del linaje humano, caído de su primitiva dignidad por el pecado del primer padre, con malas inclinaciones en el corazón, con tinieblas en el entendimiento y, por consiguiente, digno de lástima e indulgencia en sus faltas y extravíos; esa virtud en su mismo anonadamiento y que, como ha dicho admirablemente Santa Teresa, agrada tanto a Dios, porque la *humildad es la verdad*, esa virtud nos hace indulgentes con todo el mundo, porque no nos deja olvidar un momento que nosotros, más tal vez que nadie, necesitamos también de indulgencia" (40).

Las palabras de Balmes parecen un eco lejano de la conducta y enseñanza de Jesucristo: inflexible en los principios de la Verdad y contra la falsedad; inmensamente amoroso con el pobre hombre que ha errado o pecado. En cuanto a la Verdad es exigente: "El que creyere y fuere bautizado, se salvará; mas el que no creyere, será condenado" (Mc. 16, 16); en cuanto a las personas, dice a la adúltera arrepentida: "Mujer, ¿dónde estás?, ¿nadie te condenó? Ella dijo: Nadie, Señor. Dijo Jesús: Tampoco yo te condeno: anda, y desde ahora no peques más" (Juan, 8, 10-11).

(40) *El Protestantismo*, cap. 34; BB VI, 255-256; BAC IV, 343-344.

3. Al negar los justos límites a la libertad, se daña gravemente a la sociedad misma.

No se limita la Filosofía de la Historia que nos da Balmes en su obra sobre *El Protestantismo* a examinar los principios supremos y los graves males que las ideas falsas sobre la libertad debían producir, sino que examina también las perturbaciones que causan en el orden social: las ideas tienen consecuencias en los hechos.

“Ni la libertad de los pueblos, ni la fuerza y solidez de los gobiernos se aseguran con doctrinas exageradas; unos y otros han menester la verdad y la justicia, únicos cimientos sobre que pueda edificarse con esperanza de duración. Nunca suelen estar llevadas a más alto punto las máximas favorables a la libertad que a la víspera de entronizarse el despotismo” (41).

Prosigue Balmes pocos párrafos después: “Suponed que traéis con hombres penetrados de los principios religiosos y morales, que acaten la voluntad divina, que se crean obligados a someterse a ella tan luego como les sea manifestada; en tal caso, ora la potestad civil dimana de Dios mediata o mediatamente, ora se les muestre de un modo u otro que, sea cual fuere el origen de ella, Dios la aprueba y quiere que se la obedezca, siempre se someterán gustosos, porque verán en la sumisión el cumplimiento de un deber” (42). Y añade una consecuencia de suma actualidad: en su tiempo lo era, y hoy más porque se han llevado consecuentemente más a fondo los principios equivocados: “Estas consideraciones manifiestan por qué ciertas doctrinas parecen más peligrosas ahora que antes; no siendo otra la causa sino que la incredulidad y la inmoralidad les dan interpretaciones perversas y promueven aplicaciones que sólo acarrearán excesos y trastornos” (43).

(41) *Ibid.*, cap. 52; BB VII, 296; BAC IV, 559.

(42) *Ibid.*, cap. 52; BB VII, 300; BAC IV, 560.

(43) *Ibid.*, cap. 52; BB VII, 300; BAC IV, 561.

“Las palabras de *pueblo, pacto, consentimiento* han llegado a causar espanto a los hombres de sanas ideas y rectas intenciones por el deplorable abuso que de ellas han hecho escuelas inmorales que, más bien que democráticas, debieran apellidarse irreligiosas. No, no ha sido el deseo de mejorar la causa de los pueblos lo que las ha movido a trastornar el mundo, derribando los tronos y haciendo correr torrentes de sangre en discordias civiles, sino el ciego frenesí de arruinar todas las obras de los siglos, atacando particularmente a la religión, que era el más firme sostén de todo cuanto había conquistado más sabio, más justo y saludable la civilización europea. Y en efecto, ¿no hemos visto a las escuelas impías, que tanto ponderaban su amor a la libertad, plegarse humildemente bajo la mano del despotismo siempre que le han considerado útil a sus designios?” (44). Y aduce como ejemplo el caso de Napoleón.

No sólo esto, sino que las ideas equivocadas sobre la libertad conducen por reacción en el orden de las ciencias sociales, haciendo que se miren con desconfianza principios que no merecerían ser tenidos por tales; porque la libertad sin limitaciones conduce al libertinaje, el cual es malo, pero la libertad rectamente limitada es buena: “La razón de esto es muy sencilla: el mayor enemigo de la libertad es la licencia” (45). “Hobbes, que, al propio tiempo que negaba a Dios sus derechos los atribuía ilimitados a los monarcas de la tierra, vivió en la época más agitada y turbulenta de la Gran Bretaña: nació en 1588 y murió en 1679” (46).

“Así como en un pueblo donde prevaleciesen y dominasen la razón y la virtud, donde no se agitasen pasiones malas, donde todos los ciudadanos se propusiesen por fin en todos sus actos civiles el bien y la prosperidad de su patria, no serían temibles las formas más populares y más latas; porque ni las reuniones numerosas producirían desórdenes, ni las intrigas obscurecieran el mérito, ni sórdidos manejos ensalzaran el gobierno a personas

(44) *Ibid.*, cap. 52; BB VII, 304-305; BAC IV, 563.

(45) *Ibid.*, cap. 52; BB VII, 305-306; BAC IV, 564.

(46) *Ibid.*, cap. 52; BB VII, 306; BAC V, 564.

indignas, ni se explotarían los nombres de libertad y de felicidad pública para labrar la fortuna y satisfacer la ambición de unos pocos; así también en un país donde la religión y la moral reinen en todos los espíritus, donde no se mire como vana palabra el deber, donde se considere como un verdadero crimen a los ojos de Dios la turbación de la tranquilidad del Estado y la rebelión contra las autoridades legítimas, serán menos peligrosas las teorías en que, analizándose la formación de las sociedades e investigándose el origen del poder civil, se hagan suposiciones más o menos atrevidas y se establezcan principios favorables a los derechos de los pueblos. Pero cuando estas condiciones faltan, poco vale la proclamación de doctrinas rigurosas; de nada sirve el abstenerse de nombrar el pueblo como una palabra sacrílega; quien no acata la majestad divina, ¿cómo queréis que respete la humana?" (47).

Es inútil exagerar la libertad para procurar el bien del pueblo si no se le dan juntamente los principios morales y religiosos, que ajustando la libertad a sus justos límites, den la base para el verdadero orden con que haría el uso debido de esta libertad: "No hay religión que se haya igualado al cristianismo, ni en conocer el secreto de dirigir al hombre, cuya conducta en esa dirección sea un testimonio más solemne del reconocimiento de la alta dignidad humana. El cristianismo ha partido siempre del principio de que el primer paso para apoderarse de todo el hombre es apoderarse de su entendimiento; que cuando se trata o de extirpar un mal o de producir un bien es necesario tomar por blanco principal las ideas, dando de esta manera un golpe mortal a los sistemas de violencia, que tanto dominan dondequiera que él no existe, y proclamando la saludable verdad de que cuando se trata de dirigir a los hombres, el medio más indigno y más débil es la fuerza" (48).

No se diga que hay pueblos donde las "virtudes naturales",

(47) *Ibid.*, cap. 52; BB VII, 308-309; BAC IV, 565-566.

(48) *Ibid.*, cap. 14; BB V, 225; BAC IV, 136-137.

las "virtudes cívicas" saben mantener por sí mismas el orden a pesar del vacío de las convicciones rectas y firmes en fe y en moral: esto sólo prueba que en estos pueblos la caída será más lenta, más engañosa por su solidez meramente superficial: pero llegarán a la decrepitud y ruina de los vicios morales más execrables como los de Sodoma y Gomorra, que llevan a la náusea, a la rebeldía y finalmente a la desintegración.

4. Buena y mala democracia.

Balmes sigue escudriñando la historia, y junto a sus hechos nos da ideas de su Filosofía de la Historia sobre las consecuencias que para la suerte de la democracia ha acarreado la manera equivocada de entender la libertad.

Dice así: "La democracia europea de los últimos tiempos se ha señalado tristemente por sus criminales atentados contra la religión; y esto, lejos de favorecer su causa, la ha dañado sobremanera. Porque un gobierno más o menos lato puede concebirse cuando hay virtudes en la sociedad, cuando hay moral, cuando hay religión; pero en faltando éstas es imposible. Entonces no hay otro medio de gobierno que el despotismo, que es el imperio de la fuerza, porque ésta es la única que puede regir a los hombres sin conciencia y sin Dios."

"Si reflexionamos sobre las diferencias que mediaron entre la revolución de los Estados Unidos y la de Francia, hallaremos que no es una de las menores el que aquélla fue esencialmente democrática y ésta esencialmente impía; en los manifiestos con que se inauguraba aquélla se ve por todas partes el nombre de Dios, de la Providencia; los hombres que se han lanzado a la arriesgada empresa de emanciparse de la Gran Bretaña no blasfeman del Señor, le invocan en su auxilio, creyendo que la causa de la independencia es la causa de la razón y de la justicia. En Francia se comienza haciendo la apoteosis de los corifeos de la irreligión, se derriban los altares, se salpica con la sangre de los

sacerdotes los templos, las calles y los cadalsos, se ofrece a los pueblos como emblema de la revolución el ateísmo abrazado con la libertad. Esta insensatez ha producido su fruto, pegándose el fatal contagio a las demás revoluciones de los últimos tiempos; se ha inaugurado el nuevo orden de cosas con atentados sacrílegos, y la proclamación de los derechos del hombre ha comenzado con la profanación de los templos de Aquel de quien emanan todos los derechos" (49).

En todo este mal una de las causas que más influyó fue, según Balmes, la doctrina del protestantismo, precisamente porque llevaba el germen de desunión: "Las doctrinas disolventes del protestantismo hicieron necesario un poder más fuerte, precipitaron las ruinas de las antiguas libertades e hicieron que la autoridad hubiese de estar continuamente en acecho y en actitud de herir" (50); "Las sectas separadas de la Iglesia católica, fomentando una democracia impía o cegada por el fanatismo, lejos de contribuir al establecimiento de una justa y razonable libertad, colocaron a los pueblos en la alternativa de optar entre el desenfreno de la licencia y las ilimitadas facultades del poder supremo" (51).

¿Dónde habrá una base firme para una verdadera democracia, que sepa juntar el respeto a la libertad con la autoridad, tal respeto a las opiniones que se detenga sin caer en el libertinaje? Esta es la base que certeramente señala Balmes: "El hombre es tanto más digno de libertad cuanto es más religioso y moral; porque entonces necesita menos el freno exterior a causa de llevarlo muy poderoso en la conciencia propia. Un pueblo irreligioso e inmoral ha menester tutores que le arreglen sus negocios; abusará siempre de sus derechos y, por tanto, merecerá que se los quiten" (52). Naturalmente no se trata aquí de un factor *único*: la realidad es muy compleja, otras causas (psicológicas, temperamentales, ocasionales, etc.) también intervienen; pero se trata,

(49) Ibid., cap. 68; BB V, 231-232; BAC IV, 716-717.

(50) Ibid., cap. 68; BB V, 233; BAC IV, 717.

(51) Ibid., cap. 68; BB V, 235; BAC IV, 718.

(52) Ibid., cap. 68; BB V, 235; BAC IV, 718.

si, de señalar *una de las principales causas*, y ésta Balmes la ha señalado con certera visión.

La lógica interna de los hechos hace pasar con frecuencia de un extremo a otro, que aparentemente podía parecerle opuesto: "Dolorosas reflexiones sugiere la dirección que van tomando los espíritus en diferentes países de Europa y muy particularmente en Alemania; los católicos habían dicho que se comenzaba por resistir a la autoridad negando un dogma, pero que al fin se acabaría por negarlos todos, precipitándose en el ateísmo; y el curso de las ideas en los tres últimos siglos ha confirmado plenamente la predicción. Pero, ¡cosa notable!, la filosofía alemana se empeñó en promover una reacción contra la escuela materialista, y con todo su espiritualismo ha venido a ser panteísta. Parece que la Providencia quiso esterilizar para la verdad el suelo de donde salieran los heraldos del error. Fuera de la Iglesia todo es vértigo y delirio" (53).

Hasta entrevió Balmes con un siglo de anticipación (naturalmente sin los pormenores concretos del ateísmo que Alemania exportó al marxismo ruso, como hoy lo vemos) que algún día Rusia sería un gran peligro para toda Europa. No transcribiré aquí este párrafo; me basta con remitir al lector al sitio donde puede leerlo directamente en las obras balmesianas (54).

Se ha dicho públicamente, y es bien notorio, que el comunismo ha encontrado para su avance en Europa y América un fortísimo obstáculo allí donde ha encontrado a un pueblo en que la fe católica estuviere profundamente arraigada tanto en las masas, como en sus dirigentes: de ahí el designio de romper este bloque de la unidad católica, fomentando en su seno la división, a base de infiltrar ideas (que en el fondo son la mentalidad protestante variamente presentada) entre los sacerdotes y dirigentes católicos.

Pocos son los que tienen la profunda mirada de Balmes para advertir que un gobierno débil, por reacción casi espontánea, ha

(53) Ibid., cap. 68; BB V, 248-249; BAC IV, 725.

(54) Ibid., cap. 13; BB V, 206; BAC IV, 125.

de emplear la fuerza para defenderse; y con ello se hace déspota; por algo son los comunistas quienes empiezan proclamando la libertad total, sin límites, contra toda autoridad, valiéndose como pretexto de cualquiera de los fallos que en todas partes siempre ha de haber; con ello llevan a la anarquía; entonces se pasa a lo que llaman "libertad socialista", la de los comunistas. Pero qué es en realidad esta "libertad", muchos hoy día ya lo saben. Últimos testigos: los tanques rusos en Hungría en 1956 y en Checoslovaquia en 1968. Ciertamente no entraron con pasaporte diplomático, ni a petición del propio gobierno de estas naciones.

Por esto es maravillosa la intuición balmesiana de estos profundos estratos de la naturaleza y sociedad humana: "Lo he dicho en otro lugar y lo repetiré aquí: recorriendo la historia se encuentra escrita por doquier con letras de sangre esta impotente verdad: *¡Ay de los pueblos gobernados por un poder que ha de pensar en la conservación propia!* Verdad fundamental en la ciencia política, y que, sin embargo, ha sido lastimosamente desconocida en los tiempos modernos. Se ha discurrido prodigiosamente y se discute todavía para garantizar la libertad; con esta mira se han derribado innumerables gobiernos y se ha procurado enflaquecerlos a todos, sin advertir que éste era el medio más seguro para introducir la opresión. ¿Qué importan los velos con que se cubra el despotismo y las formas con que intente hacer su existencia menos notable? La historia que va recogiendo en silencio los atentados cometidos en Europa de medio siglo a esta parte, la verdadera historia, digo, no la escrita por los autores, ni los cómplices, ni los explotadores, ella dirá a la posteridad las injusticias y los crímenes perpetrados en medio de las discordias civiles por gobiernos que veían aproximar su fin, que sentían su extrema flaqueza a causa de su conducta tiránica y de su origen ilegítimo" (55).

Balmes, tan respetuoso con las personas como enérgico cuando discute las ideas, acusa no a los protestantes, sino al protestan-

(55) *Ibid.*, cap. 50; BB VII, 262-263; BAC IV, 539-540.

tismo, es decir, combate las ideas o principios fundamentales que llevaba en su seno: su rebelión contra la autoridad por exagerar la humana libertad, es el principio que principalmente ha contribuido a la triste historia que han ido viviendo nuestros siglos de un perpetuo movimiento pendular entre la anarquía y la fuerza, fuerza que en algunas ocasiones no se ha limitado a dar la paz, sino que ha caído en el fanatismo de mitos y en el despotismo: la última guerra europea lo atestigüa. Tanto la anarquía como este despotismo de mitos divinizados han sido los verdaderos enemigos de la libertad auténtica, aquella que sólo se da en el equilibrio fundado en la Verdad.

Es preciso reflexionar sobre las palabras de Balmes: "El protestantismo, desviándose de la enseñanza católica, ha dado alternativamente en dos escollos opuestos: cuando ha querido establecer el orden, lo ha hecho en perjuicio de la verdadera libertad; cuando se ha propuesto sostener ésta, se ha hecho enemigo de aquél. Del seno de la falsa reforma salieron las insensatas doctrinas que, predicando la libertad cristiana, eximían a los súbditos de la obligación de obedecer a las potestades legítimas; del seno de la misma reforma salió también la teoría de Hobbes, la cual levanta el despotismo en medio de la sociedad, como un ídolo monstruoso al que todo debe sacrificarse, sin consideración a los eternos principios de la moral, sin más regla que el capricho del que manda, sin más límites en sus facultades que el señalado por el alcance de su fuerza. Este es el necesario resultado de desterrar del mundo la autoridad de Dios: el hombre abandonado a sí mismo no acierta a producir otra cosa que esclavitud o anarquía: un mismo hecho bajo diferentes formas: *el imperio de la fuerza*" (56).

¿No confirman muchos y tristes hechos que hemos vivido en nuestro siglo la verdad de esta profunda Filosofía de la Historia balmesiana?

(56) *Ibid.*, cap. 50; BB VII, 264; BAC IV, 541.

LA FILOSOFIA DE BALMES: FILOSOFIA “DEL HOMBRE ENTERO”

1. La rebelión de Balmes.

Balmes, tan enemigo de revoluciones como amigo de la serenidad de un ponderado equilibrio, se rebeló en una ocasión. Se rebeló contra la rebelión. Se rebeló contra los métodos de filosofar, que en vez de llevar al hombre a someterse al orden del ser, pretendían elevarlo a imaginarse que lo creaba.

Es muy frecuente que hombres que en su acción externa aparecen como revolucionarios, en su pensamiento, por el contrario, sean como corderos, que repiten ciega y sumisamente lo que les dicte el mero prestigio de modas y nombres, a los que se sometieron sin vigor propio para discutirlos. Balmes, por el contrario, hizo exactamente al revés. Se rebeló contra la rebelión. Criticó duramente la manera de filosofar; la actitud de un pensamiento que estaba a la raíz de la revolución; por esto se dio la paradoja de que este revolucionario contra la revolución haya sido en los hechos y doctrinas —hasta en su acción política— tan amigo de la conciliación y de la sabia adaptación: “¿Queréis evitar las revoluciones? Haced evoluciones” (57).

Esta rebelión la perpetró Balmes cuando todavía era muy joven. Llevado por aquel hambre que tenía de ciencia, se pasaba casi todas las horas que le quedaban disponibles, hasta durante las vacaciones de verano, encerrado en la Biblioteca de Vich. Tenía entonces alto aprecio de la autoridad de los filósofos y em-

(57) *Pensamientos*; BB XIV, 225; BAC VIII, 342.

pezó a leerlos con una avidez inaudita. Pero pronto sufrió el más amargo desengaño: ¡no se entienden!, ¡uno afirma lo que el otro niega!, ¡uno va a un extremo de fiarlo todo a los sentidos negando el alcance de la razón, y el otro todo lo fía a la razón despreciando el valor de los datos que le ofrecen con su movilidad histórica los sentidos!

Entonces fue cuando perpetró su revolución. Este desconcierto, dijo, proviene del mismo método de filosofar; toman al hombre unilateralmente; toman un solo aspecto y, afirmándolo exclusivamente, resulta falso. Hay que tomar *al hombre entero*. Este método fue el que expresó en su obra llamada *El Criterio* (cuyo profundo sentido muchísimos no advierten por la aparente sencillez de su estilo, tan enemigo de la pedantería de quienes se abroquelan tras un muro de terminología abstrusa, dando nombres en vez de cosas); y la realización concreta de este método propio fue toda su filosofía, no solamente la que publicó con el nombre de *Filosofía Fundamental*, sino la que empapa todas sus obras y escritos.

Es el mismo Balmes quien, en un escrito que tiene páginas de carácter autobiográfico, nos explica lo que le sucedió cuando se había entregado a leer todos los filósofos que pudo, y comprobó la Babel en que andaban de una parte para otra: "Estos señores directores del entendimiento humano, dije para mí mismo, no se entienden entre sí: esto es la torre de Babel, en que cada cual habla su lengua, con la diferencia de que allí el orgullo acarreó el castigo de la confusión y aquí la confusión misma aumenta el orgullo" (58).

Entonces hizo su revolución, aquella de la que dependió todo lo que había de ser el futuro genio de Balmes: "Estos desengaños habían preparado mi espíritu a una verdadera revolución, y, aunque vacilando algunos momentos, al fin me decidí a pronunciarme contra los poderes científicos, y alzando en mi entendimiento una bandera escribí en ella: *Abajo la autoridad científica*" (59).

(58) *Cartas a un escéptico*; BB X, 17; BAC V, 248-249.

(59) *Ibid.*; BB X, 18; BAC V, 249.

Una persona que no hubiese tenido su temple intelectual, quizá habría caído entonces en una especie de escepticismo; la reacción de Balmes fue exactamente la opuesta: ¿Hacen críticas contra los más preciados valores y convicciones de la humanidad a base de mutilar al hombre con sus métodos? Pues yo cuando filosofe seré todavía más exigente con ellos, crítico de su crítica; les mostraré que no son bastante consecuentes con sus principios; pues en vez de llevarlos con el mismo rigor a fondo, se espantan ante las consecuencias que los destruirían; así palparán que está viciada su misma raíz, que es su método unilateral de filosofar: “Para estas [filosofías] fui y he sido y seré inexorable: la filosofía proclama sin cesar el examen, la evidencia, la demostración, enhorabuena; pero sepa al menos que cuando seamos hombres, y no más, nos arreglaremos en nuestras convicciones cual a nosotros nos cumpla, siguiendo las inspiraciones del buen sentido; pero en los ratos en que seamos filósofos, que para todo hombre son ratos muy breves, reclamaremos sin cesar el derecho de examen, exigiremos evidencia, pediremos demostración seca. Quien reina en nombre de un principio, menester es que se resigne a sufrir los desacatos que dimanar puedan de las consecuencias” (60).

Así se comprende muy bien el sentido que tiene la obra de Balmes cuando tan duramente critica a Descartes, a Fichte, a Schelling, a Kant (hasta a Hegel, aunque en su tiempo era todavía poco conocido en el ambiente balmesiano). A quienes han dicho que Balmes no comprendió la filosofía kantiana y poskantiana, les respondo que *la comprendió demasiado bien*; y por esto fue tan duro e implacable en su crítica del criticismo, dirigiéndose a la raíz misma, que era su método equivocado de filosofar.

También se comprende muy bien el sentido de la obra en que Balmes expone su propio método filosófico, *El Criterio*, en que proclama que una buena lógica debiera comprender “al hombre entero”, no tomándolo por un solo lado, ni llegando como consecuencia de ello a una visión unilateral y truncada de la realidad.

(60) *Ibid.*; BB X, 19-20; BAC V, 250.

sino con afán de objetividad, de totalidad, de verdad, en una palabra, de una filosofía verdaderamente "humana". Por algo el Cardenal Pla y Deniel, en aquel memorable discurso que pronunció en "Fundación Balmesiana", dijo que si algún título pudiéramos buscar para caracterizar a Balmes al modo como hacían con los autores medievales, sin duda habríamos de apellidarle "Doctor humanus".

2. En busca del método.

Generalmente, los filósofos —se ha dicho— han tenido, cuando jóvenes, una intuición fundamental; y después toda la labor filosófica de su vida ha consistido en ir estructurando alrededor de ella su visión del mundo y del hombre. Por esto con frecuencia los filósofos de más renombre suelen tener un libro que de un modo u otro expone esta idea o intuición fundamental, sistematizándola como método propio y que viene a ser como su lógica.

Espinosa tiene el tratado *De intellectus emendatione*, su verdadera lógica, de corte geométrico, en que sólo admite demostraciones *a priori*; era consecuente que de ahí saliese una metafísica (que esto es su *Ethica ordine geometrico demonstrata*) que podrá tener la belleza de una elaboración al estilo matemático, pero totalmente irreal respecto del hombre concreto que es el que vive en realidad y el único que hay que explicar. Descartes escribió su *Discours de la Méthode*, su lógica; y de ahí había de ir a parar en su filosofía a consecuencias como son que los animales no sienten dolor ni placer, sino que son meras máquinas: su método matemático no podía llegar más allá. Bergson escribió *Les données immédiates de la conscience*. Pero de ahí había de salir la filosofía de la *Evolution créatrice*, incapaz de justificar el valor absoluto de sus afirmaciones, como no puede justificarlo el psicologismo; y si después rectificó llegando a posiciones ulteriores y mejores en su última obra *Les deux sources de la Morale et de la Religion*, que lo hacían ascender a un Dios no sumergido en la

evolución, sino perfecto, ha parecido a muchos que precisamente en esta última obra Bergson ya no había sido consecuente con su método inicial, sino que más bien que prolongarlo lo rectificaba, echando mano de otros hechos, la experiencia de los grandes místicos, fundados en la Revelación, que dista mucho de ser un dato inmediato de la conciencia fluente de cada uno.

Pues bien, *El Criterio* es exactamente una lógica, la lógica balmesiana, que abarca al hombre entero, y por esto toda su filosofía ha resultado una filosofía esencialmente humana.

Ya he indicado que son muchos los que no advierten la profundidad de este libro. Y se comprende por qué sucede así. Balmes, por ser tan humano, era radicalmente enemigo de la pedantería de terminologías abstrusas, que dan al lector la impresión de que se ha dicho algo muy profundo, sencillamente cuando es insólito, cuando no se comprende bien. Siempre me viene a la memoria el recuerdo de aquel campesino que no quería tomar bicarbonato cuando le decían que sufría del estómago; pero que cuando le dijo un farmacéutico de su pueblo que padecía "caquexia", ya lo dio todo por resuelto y lo tomó con pleno convencimiento. Todos conocemos a un filósofo español (que ahora no quiero nombrar) el cual hacía que cuando un visitante llamaba a la puerta de su domicilio, la criada para decirle que estaba "ocupado" decía con tono de solemnidad: "el maestro *piensa*". Balmes, por el contrario, ha querido tomar en *El Criterio* un estilo tan sumamente sencillo, tan al alcance de todos, que no ha desdeñado el recurso a ejemplos y parábolas caseras. Con ello, muchos se han detenido ahí, sin ver la hondura de lo que se escondía tras un estilo sencillo, sin afectación ni más adornos que los que eran propios del tiempo del romanticismo en que él escribía.

Sobre este tema de la entraña de *El Criterio* he escrito recientemente una obra en que, recogiendo estudios ya anteriores, he investigado cuál es el sentido íntimo de *El Criterio* y de su *Filosofía Fundamental* (61).

(61) Balmes, filósofo. Investigación sobre el sentido íntimo y actual-

Ya que en este momento no interesaría una exposición extensa de su contenido, vamos a fijarnos únicamente en aquellos puntos que directamente tocan a nuestro tema: Balmes, ¿qué diría hoy cuando tales verdades dijo sobre la orientación de aquellas filosofías de su tiempo, tan unilaterales en sus métodos que han originado como resultado las filosofías de hoy, que andan oscilando entre un relativismo escéptico y un matematismo neopositivista, incapaz de autofundarse y de resolver las más profundas cuestiones del hombre?

3. "El criterio."

En el prospecto editorial que difundió como anuncio y propaganda de *El Criterio* dice qué ha pretendido al escribirlo; qué es esta obra: "un ensayo para dirigir las facultades del espíritu humano por un sistema diferente de los seguidos hasta ahora". Queda perfectamente claro con esto qué ha pretendido.

¿En qué consiste este "sistema diferente", este nuevo método de pensar? En el mismo prospecto (en el cual reproduce el capítulo final de la obra) él mismo lo dice: "Hay verdades de muchas clases porque hay realidad de muchas clases. No todas las cosas se han de mirar del mismo modo, sino del modo que cada una de ellas se ve mejor. Al hombre le han sido dadas muchas facultades; ninguna es inútil; ninguna intrínsecamente mala. La esterilidad o la malicia les vienen de nosotros, que las empleamos mal. Una buena lógica debiera comprender al hombre entero, porque la verdad está en relación con todas las facultades del hombre". Este es exactamente su intento: "una buena lógica debiera comprender al hombre entero".

No toma al hombre entero quien empieza a filosofar con un método exclusivamente analítico como es el matemático: porque

idad de su pensamiento. "Biblioteca filosófica de Balmesiana", ser. II, vol. III. Barcelona, Editorial Balmes, 1969.

(62) *El Criterio*, Prospecto; BB XV, 7; BAC III, 551.

la realidad es más compleja, y por tanto muchos aspectos de ella, que no pueden filtrarse con un método puramente analítico, quedarán desconocidos y finalmente negados; por otra parte, las *facultades del hombre* no son meramente las analíticas de la razón, sino que junto a ellas tiene también facultades aprehensivas, que lo conducen, no en oposición a las primeras, pero sí acompañándolas y ensanchando sus cauces a otro modo de revalorizar su capacidad humana total.

Por ejemplo, la *intuición e inspiración* (63), de que también habló el gran Newman en su *Grammar of Assent*, a pocos años de Balmes. El *dinamismo* o *finalismo* de las facultades hacia su propio objeto, en virtud del cual la misma naturaleza ha dotado al hombre de la facultad de objetivar, captando como imposibles ciertos hechos (y, por tanto, la afirmación opuesta como cierta), dándole con ello certezas que no llegamos a poder filtrar totalmente, sin residuo, con la mera razón: a esta facultad, o mejor, dinamismo de la facultad intelectual, que Balmes llama "instinto intelectual" (y "sentido común" cuando se aplica a los objetos necesarios para la vida), le corresponderá otra clase de certeza moral, la que él llama "certeza de sentido común". Por ejemplo: estoy cierto que si ahora echo al aire una sola vez un millón de caracteres de imprenta contenidos en una caja, al caer sobre el suelo no quedarán ordenados de modo que me den sin ningún error las páginas de la *Eneida* de Virgilio en que narra la historia y muerte de Dido (64).

Los *datos de los sentidos*, con su movilidad histórica y cambiante, no sólo nos instruyen, sino que nos permiten llegar a una inferencia de que la realidad es más profunda, que va más allá de lo que puramente nos comunica a través de la percepción sensible (65).

Asímismo la influencia del *corazón* y de la *imaginación* (66),

(63) *Ibid.*, cap. 16, § 1, § 4; BB XV, 173 ss.; BAC III, 649 ss.

(64) *Ibid.*, cap. 4, § 10; BB XV, 39-42; BAC III, 570-571.

(65) *Ibid.*, cap. 6, § 7; BB XV, 64-65; BAC III, 585-586.

(66) *Ibid.*, cap. 19; BB XV, 202 ss.; BAC III, 666 ss.

que nos recuerdan las "razones del corazón", que la razón no conoce, según Pascal, pero que muestran muy bien que el filósofo que crea filosofar con total negación de presupuestos está movido por el presupuesto de no tener ningún presupuesto: lo cual ya limita mucho su método y por tanto el resultado a que llegará su filosofía unilateral, porque así como no son las manos las que labran una estatua, sino el hombre mediante sus manos; y no son los pies quienes andan, sino el hombre mediante sus pies, tampoco es el entendimiento quien filosofa, ni la razón quien razona, sino el hombre mediante ellos y mediante todos los otros medios de que la naturaleza lo ha dotado para llegar a la verdad.

Tan absurdo sería imaginarse al hombre como una máquina pensante, al modo de un "robot" electrónico de nuestros días, como imaginarse que la realidad no es nada más que lo que puede registrar la cinta electrónica de un "robot". Cuentan que una vez preguntaron a Eugenio d'Ors por qué no tenía inteligencia un "robot" electrónico; y que él contestó: "porque no puede equivocarse". La paradoja tiene profundidad, como la tiene aquella con que un filósofo definió nuestra memoria como "la capacidad de olvidar".

Si un "robot" puede componer mecánicamente partituras musicales y también versos (lo cual no lo negamos), podemos afirmar que mediante un "robot" nunca obtendremos los resultados del genio de Beethoven, ni las poesías del valor de las de Jacinto Verdaguer. Y si un filósofo quiere reducir su método filosófico al matematismo de un "robot" nos dará forzosamente de la realidad existente una visión quintaesenciada, del todo unilateral y desfigurada. Esto es lo que denuncia *El Criterio*.

Así se comprende su enemiga contra la manía analítica de la *Lógica* de Condillac, a quien parece tuvo especialmente ante sus ojos cuando compuso *El Criterio*.

Por esto dice Balmes: "Hasta en las materias donde no entran para nada la imaginación y el sentimiento conviene guardarse de la manía de poner en prensa el espíritu, obligándole a sujetarse a un método determinado cuando, o por su carácter peculiar o

por los objetos de que se ocupa, requiere libertad y desahogo. No puede negarse que el análisis, o sea la descomposición de las ideas, sirve admirablemente en muchos casos para darles claridad y precisión; pero es menester no olvidar que la mayor parte de los seres son un *conjunto*, y que el mejor modo de percibirlos es ver de una sola ojeada las partes y relaciones que le constituyen. Una máquina desmontada presenta con más distinción y minuciosidad las piezas de que está compuesta; pero no se comprende tan bien el destino de ellas hasta que, colocadas en su lugar, se ve cómo cada una contribuye al movimiento total. Condillac y sus secuaces no hallan en el hombre otra cosa que sensaciones; por el camino opuesto, Descartes y Malebranche apenas encontraban más que ideas puras, un refinado espiritualismo" (67).

De este método equivocado proviene, según Balmes, que estas filosofías lleguen a visiones truncadas, unilaterales, de la realidad: "En el trato ordinario vemos a menudo laboriosos razonadores que conducen su discurso con cierta apariencia de rigor y exactitud y que, guiados por el hilo engañoso, van a parar a un solemne dislate. Examinando la causa, notaremos que esto procede de que no miran el objeto sino por una cara. No les falta análisis; tan pronto como una cosa cae en sus manos la descomponen; pero tienen la desgracia de descuidar algunas partes, y si piensan en todas no recuerdan que se han hecho para estar unidas, que están destinadas a tener estrechas relaciones, y que si estas relaciones se arrumban, el mayor prodigio podrá convertirse en descabellada monstruosidad" (68).

Y con su sencillez de estilo (rasgo típico de un pensador "humano") no tiene inconveniente en hacerlo comprender con un gracioso cuento, que titula *El tintorero y el filósofo*. Probablemente cuando Balmes lo escribió pensaría en lo que él mismo había visto cuando era niño en el taller de blondas y prendas de vestir que tenían en su casa: varias sustancias químicas, algunas cáusticas, otras de olores repugnantes y colores vulgares, pueden

(67) Ibid., cap. 13; § 3; BB XV, 134-135; BAC III, 625-626.

(68) Ibid.

parecer, si se consideran por separado, analíticamente, que si se sumerge en ellas una tela, la destruirán; así lo pronostica "el filósofo"; pero "el tintorero", que mira el conjunto, obtiene por el contrario una tela perfectamente teñida: "El filósofo se marchó confuso y cabizbajo, diciendo para sí: No es lo mismo saber lo que es una cosa por sí sola o lo que puede ser en combinación con otras; en adelante no me contentaré con descomponer y separar, que también hace prodigios el componer y reunir" (69). Pronto veremos (al hablar de su *Filosofía Fundamental*) una aplicación de este método balmesiano, que para resolver el problema crítico no se contenta con el criterio de la mera evidencia de esencias universales (o evidencia en sentido cartesiano), ni con aceptar meros hechos presentados por la conciencia (Kant, por ejemplo, que con su mero análisis pretende hallar para unificarlos condiciones *a priori* del sujeto "trascendental", sin ni ocurrírsele que también podrían estar radicadas en la realidad), ni con el mero finalismo (podría decirse, por ejemplo, Fichte), sino que sobrepone los tres criterios en un todo único y armónico que es el hombre que filosofa.

No niega que sean poderosos los ingenios que proceden tan sólo analíticamente; pero la mera potencia no basta si no va bien encauzada: "Entendimientos, por otra parte, muy claros y perspicaces se echan a perder lastimosamente por el prurito de desenvolver una serie de ideas que, no representando el objeto sino por un lado, acaban por conducir a resultados extravagantes. De aquí es que con la razón todo se prueba y todo se impugna; y a veces un hombre que tiene evidentemente la verdad de su parte se halla precisado a encastillarse en las convicciones y resistir con las armas del buen sentido y cordura a los ataques de un sofista que se abre paso por todas las hendiduras y se escurre al través de lo más sólido y compacto como filtrándose por los poros. La misma sobreabundancia de ingenio produce este defecto, como las personas demasiado ágiles y briosas se mantienen difícilmente en

(69) *Ibid.*, § 4; BB XV, 136-138; BAC III, 626-627.

un paso medurado y grave" (70). ¿No parecen estas palabras un eco anticipado de lo que diría hoy día Balmes si tuviera ante sus ojos las *Investigaciones Lógicas* de Husserl, incapaces de encuadrar en su filosofía el desarrollo temporal de la realidad, o de fundamentar una refutación del solipsismo con otros seres pensantes que proyecten exactamente el mismo orden de esencias universales; o bien el *Ser y Tiempo* de Heidegger, que estudia el "yo" sumergido en el tiempo y sus estructuras, pero incapaz de dar razón contra el relativismo escéptico, por qué "su" verdad ha de ser de derecho universalmente válida para todos?

4. "Filosofía Fundamental."

No puso Balmes a su más importante obra filosófica el nombre de *Fundamental* como si pretendiese dar con ella un fundamento indispensable (estos sueños quedaban para Hegel: ¡y los sueños, sueños son!); sino que la llamó *Fundamental* porque en ella quería tratar de algunas cuestiones que son fundamentales en filosofía.

Una de ellas es, sin duda, después de la cuestión del método de filosofar, la cuestión criteriológica. Tanto si se plantea expresamente, como si no, está siempre subyacente; como la longitud del metro que se ha escogido para medir una tela, subyace al resultado del número que expresará su longitud. Si uno entiende que es el hombre quien establece la longitud del metro, lo que dirá de las cosas dependerá de lo que haya dicho del hombre. Entonces sucederá que eliminará todos aquellos aspectos de realidad que con él no pueda aceptar, o si va hasta el fondo, se constituirá a sí mismo como en una especie de "dioscillo" que proyecta la inteligibilidad o verdad sobre las cosas que después él mismo irá descubriendo, pensando haberla creado. Si, por el contrario, son las cosas la base de la medición, con una comunidad entre ellas

(70) *Ibid.*, § 5; BB XV, 138; BAC. III, 627-628.

y el hombre que es dada a ambos por Dios, de modo que al hombre le compete solamente "expresar" el resultado de la medición, entonces el entendimiento humano es "medido" por la realidad que él no crea, sino sólo limitadamente expresa, dando lugar con ello a diversas ciencias, todas perfectibles, pero de suyo todas concordes. Son éstas dos concepciones radicalmente opuestas. Esta última es precisamente la concepción de la filosofía que tenemos en la tradición cristiana, filosofía que si bien en muchísimas cuestiones parciales, discutibles y probables, se sistematizará diversamente según el grado de perfección a que hayamos llegado, no obstante estará siempre de acuerdo en este punto fundamental. Por el contrario, la otra concepción es la de las filosofías que ya de un modo, ya de otro, ya más consecuentemente y a fondo, ya con menor consecuencia, tienden a hacer del hombre el centro de la verdad, y en la misma proporción sucederá que o bien no podrán lógicamente llegar a Dios con su método, o desfigurarán su naturaleza de Creador Supremo, clave de bóveda del pensamiento humano y de la realidad existencial, sustituyendo en su lugar a un ídolo colocado al nivel humano. Ahí está la raíz de todo.

Aunque *El Criterio* no se publicó hasta mayo de 1845, no obstante había sido escrito antes (de octubre a noviembre de 1843); y el 28 de febrero de 1845 escribía desde Madrid preparando su viaje a París, que cuando volviese (volvió a principios de octubre) tendría muy adelantada su *Filosofía Fundamental*, cuyo primer volumen quedaba impreso en febrero de 1846. Ahora bien, en su *Filosofía Fundamental*, Balmes es consecuente con los principios metodológicos que se había trazado antes en *El Criterio* y los pone por obra.

Así se comprende muy bien el sentido íntimo de su criterio-logía o teoría del conocimiento con que empieza la obra y que ha sido uno de los libros más estudiados de Balmes, y también, en mi opinión, uno de los peor comprendidos. Contra esto he expresado repetidamente en diversos escritos el resultado de mi investigación, en que he propuesto una interpretación totalmente dis-

tinta de la que ha solido darse acerca del pensamiento de Balmes (71).

Naturalmente no voy a extenderme ahora en la exposición de esta filosofía, porque no cuadraría con el carácter del presente libro, dirigido a un público culto, no precisamente de especialistas en filosofía. Pero puede interesar a toda persona culta que se exponga en el breve resumen de unos pocos párrafos, en qué consiste todo el punto central de esta cuestión.

Podría resumirse así: ¿cuáles son las condiciones con las cuales podrá investigar acertadamente el hombre, hasta dónde llega la aptitud de su mente al conocer? No busca Balmes una "verdad-semilla" (un principio del que pudiese deducirse todo, al modo de Hegel), sino una "verdad-cimiento" (es decir, en que todo esté apoyado): porque no es la razón quien razona, sino "el hombre" mediante la razón. Esto es lo que expone en su Introducción (capítulos 1 a 3). A continuación critica duramente los sistemas filosóficos que por el contrario imaginan que hallarán como una especie de "verdad-semilla" en que se encuentre dentro del horizonte humano (ya de percepción sensible, ya de intuición intelectual, ya de proyección dinámica) la explicación buscada (capítulos 4 al 14); podría denominarse esta parte "crítica de las críticas unilaterales".

Finalmente, en lo que sigue (capítulos 4 al 14) expone ya positivamente cuáles son estas "condiciones" humanas cuya integración hace posible que "el hombre" filosofe bien. Sólo de modo excepcional emplearé ahora una fórmula o tecnicismo filosófico: Kant buscaba cuáles son los "*a priori formales*" que "constituyen" el objeto del juicio; Balmes, por el contrario, examina "cuáles son los *a priori materiales*" mediante los cuales "el hombre" que filosofa podrá buscar acertadamente sus *a priori formales* y su natu-

(71) Por ejemplo en el siguiente estudio: *El sentido íntimo de la criteriología balmesiana*, "Pensamiento", Madrid, 4 (1948), 405-431. Recientemente se ha reproducido con leves retoques y ampliaciones en una obra aparte: *Balmes, filósofo. Investigación sobre el sentido íntimo y actualidad de su pensamiento* (citada en la nota 61); cap. II, págs. 28-71.

raleza: es decir, que no serán "ocultativos" de la realidad existente en sí, sino sólo "manifestativos" de ella. O con otras palabras: Kant buscaba qué condiciones hacen posibles las ciencias y la metafísica; Balmes se pregunta qué condiciones "humanas" se requieren para que "el hombre" que filosofa pueda hallar bien estas condiciones.

Al desarrollar su concepción observa que hay principalmente tres condiciones o factores que deben tenerse en cuenta: los datos de los sentidos presentes en la *conciencia*; los de la mente que intuye las relaciones ideales o necesarias entre ellos, o *evidencia* (como se ve, restringe el sentido de esta palabra para acomodarse a la terminología cartesiana y poscartesiana); finalmente los del *dinamismo* de nuestras facultades, orientadas naturalmente a su objeto propio, o sea el finalismo, que él llama *instinto intelectual* (y cuando se aplica a los objetos de la vida cotidiana, *sentido común*); ninguna de estas tres fuentes considerada por análisis separada de las demás, es suficiente para dar razón del "todo", que es tanto "el hombre" que filosofa, como "la cosa" de que filosofa.

Copiemos solamente algunas de sus muchas frases, que aunque son de la *Filosofía Fundamental*, parecerían arrancadas de *El Criterio*. Dice así: "los medios con que percibimos la verdad son de varios órdenes, lo que hace que las verdades mismas percibidas correspondan también a órdenes diferentes, paralelos, por decirlo así, con los respectivos medios de percepción. Conciencia, evidencia, instinto intelectual o sentido común, he aquí los tres medios" (72).

Hay sistemas que dan tal importancia a los sentidos, que a ellos reducen todo lo demás (por ejemplo Hume): son los sistemas empiristas o sensistas. Mutilan al hombre y mutilan la realidad que le es ofrecida. Otros sistemas dan tal importancia a la intuición de la mente, que a ella reducen (en mayor o menor gra-

(72) *Filosofía Fundamental*, libro I, cap. 15, núm. 147; BB XVI, 146; BAC II, 89.

do, según cada sistema) todo lo demás (por ejemplo Descartes, Kant, Fichte, Hegel), y también estos sistemas no pueden dar cabal cuenta de lo que es el hombre que filosofa, éste que vive, que sufre, que muere, que tiende a una sanción moral ulterior; ni dan cuenta cabal de esta misma realidad que han estudiado. Finalmente, otros sistemas dan tal importancia al impulso, como si una mera *inspiración* (así como nos hace crear una obra de arte) pudiese crear toda la realidad y justificarla suficientemente ante el hombre que quiere comprobar su fidelidad (son los sistemas fideístas, vitalistas) los cuales tampoco pueden satisfacer las más íntimas exigencias del hombre, que requiere unidad en su ser, como unidad en el principio que radicalmente fundamenta la realidad.

Por esto él requiere que se dé un ejercicio *simultáneo*, armónico, de las tres condiciones o factores, aunque combinados muy diversamente según la naturaleza del objeto que se examina. También sus palabras parecerían aquí arrancadas de una página de *El Criterio*, aunque son de su *Filosofía Fundamental*. He aquí algunas de ellas: "Aquí observaré lo errado de los métodos con que aíslan las facultades del hombre y que, para conocer mejor el espíritu, le desfiguran y mutilan. Es uno de los hechos más constantes y fundamentales de las ciencias ideológicas y psicológicas, la multiplicidad de actos y facultades de nuestra alma, a pesar de su simplicidad, atestiguada por la unidad de conciencia. Hay en el hombre, como en el universo, un conjunto de leyes cuyos efectos se desenvuelven simultáneamente con una regularidad armoniosa; separarlas equivale muchas veces a ponerlas en contradicción; porque *no siendo dado a ninguna de ellas el producir su efecto aisladamente, sino en combinación con las demás*, cuando se les exige que obren por sí solas, en vez de efectos regulares producen monstruosidades las más deformes" (73).

Balmes señala, pues, límites al conocimiento humano; pero no a la manera de Kant, afirmando una cosa "en sí" absolutamente

(73) *Ibid.*, núm. 159; BB XVI, 155-156; BAC II, 44; el subrayado es mío.

incognoscible en cuanto a todo (¡y que ya sería conocida en cuanto a algo por el que la afirma!); ni por impedirle deducir desde la realidad mudable y contingente del mundo, el Primer Ser, que en cuanto a algo, analógicamente, nos es cognoscible (tal sería el caso de Husserl, quedando con su fenomenología en una trascendencia "en su inmanencia", que ni explica el devenir histórico, ni los otros "yo" pensantes concordantemente con el del filósofo); ni por atenerse sólo a la contingencia de lo sensible (por ejemplo, al modo de Stuart Mill, que no justificaría la necesidad y universalidad de sus propias leyes: sin las cuales su propio sistema podría ser totalmente opuesto, dadas otras circunstancias psicológicas); ni por quedarse con un "instinto ciego" o con una mera proyección sentimental (al modo del fideísmo y de algunos sistemas del "existencialismo"). Los límites que Balmes señala son de un orden totalmente diverso: que es el *hombre entero quien filosofa*, no su razón, ni sus sentidos, ni su mero finalismo; y por tanto podrá alcanzar la verdad con la ilimitación que le ofrece su captación intelectual del "ser", pero limitadamente, humanamente, o mejor, digámoslo de una vez, humildemente.

No vamos a extendernos más en la exposición de la filosofía de Balmes porque caería fuera del ámbito de lo que con este libro pretendo; y porque con lo que se ha dicho hasta aquí, ya hay lo suficiente para poder contestar al fin de la obra a la pregunta que inicialmente nos hemos formulado: Balmes, ¿qué diría hoy?

Bien claramente queda insinuada la respuesta de lo que Balmes diría en nuestros tiempos ante tantas filosofías de moda, que nacen y mueren como flor de un día: diría que la filosofía para ser acertada no puede ser unilateral; que ha de comprender al hombre entero; y entonces, por ser plenamente, humana, también podrá ser divina y llevarle al conocimiento y amor de Aquel que es su Principio y su Fin.

Continuará.